

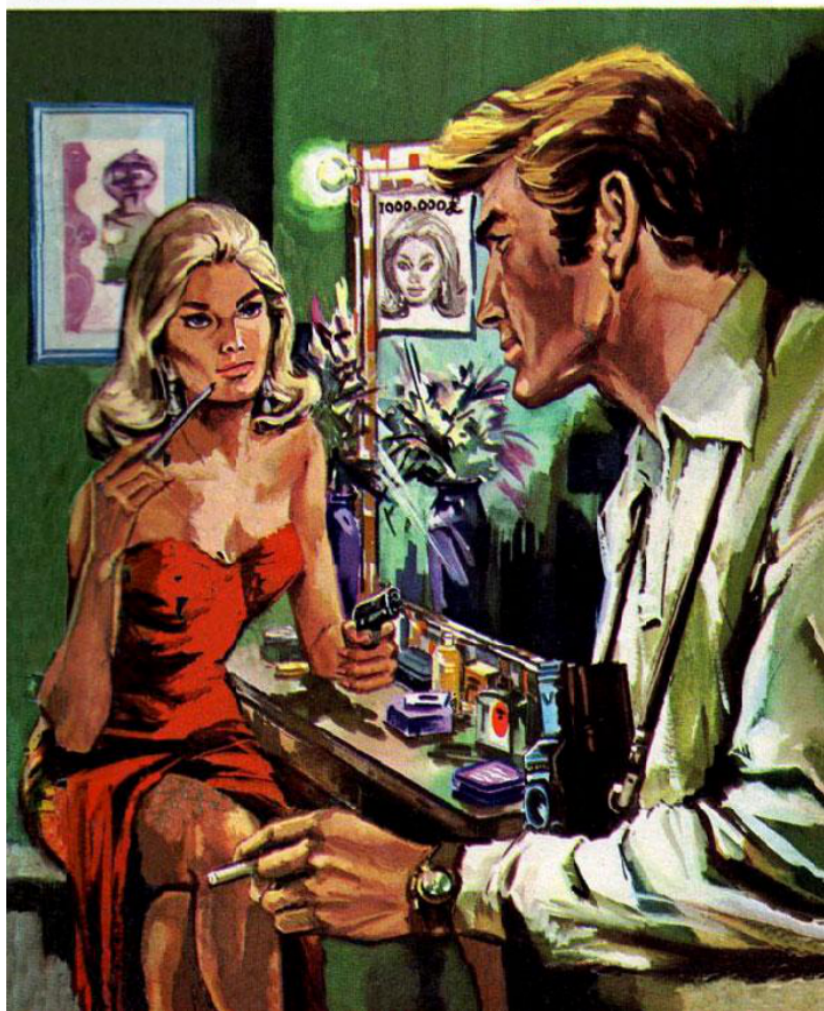
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la cabeza de Salomé

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

LA CABEZA DE SALOME

Colección **PUNTO ROJO** n.º 415

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 7.737 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1970

© PETER DEBRY, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCÍA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.024. — Portadora de muerte.

En Colección BUFALO:

851. — El pistolero de la mano muerta.

En Colección CALIFORNIA:

623. — Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colb».

En Colección COLORADO:

462. — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

401. — Asesina en la neblina.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — Kentucky Joe.

En Colección BRAVO OESTE:

413. — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

609. — Una cerca y varias tumbas.

CAPÍTULO PRIMERO

Bajo el restallante sol mediterráneo, Conrad Doyle enfocó su «Minolta» de precisión hacia abajo, hacia las blancas arenas de la playa desierta.

Sacó varias fotos desde diversos ángulos. Luego, continuó su recorrido por los baluartes de la antigua fortaleza erigida por los moros y dominando las ruinas romanas.

Algo más lejos, encañonó su «Minolta» hacia el idílico puerto en forma de herradura de Taormina. Tomó varias panorámicas de aquel delicioso rincón turístico de Sicilia.

Guardándose la minicámara, extrajo los prismáticos de su funda y, acodado al parapeto de la muralla, fue graduándolos.

Conrad Doyle, veinticinco años, soltero, hijo de diplomático británico y madre milanesa, disfrutaba de unas vacaciones absolutamente libres.

Hacía apenas dos días que había escapado de la húmeda grisalla londinense, para volar en busca del maravilloso sol que calentaba las playas sicilianas.

Y mientras estaba observando a través de los poderosos lentes «Zeiss-Ikon», las crestas montañosas del Etna, fue cuando oyó repentinamente la voz.

Un murmullo ronco, una serie de palabras entrecortadas, que un temblor extraño hacía casi incomprensibles.

—No se vuelva... Sobre todo no haga ningún gesto...

Doyle obedeció. Sin volverse, permaneció perfectamente inmóvil. Pero de soslayo examinó furtivamente la garita cilíndrica desde donde le llegaba la voz, por una estrecha grieta entre las piedras.

Una voz que hablaba un inglés muy correcto, casi de Oxford.

—Matarán a la muchacha. La asesinarán...

Doyle estaba completamente atónito. Manteniendo los gemelos a

la altura de sus ojos, silabeó:

—Hable más fuerte, por favor.

—Le digo que la van a matar...

—¿Pero, a quién?

—No sé quién es ella... Una joven demasiado hermosa para morir. Tiene que ayudarme.

—Pero ¿quién es usted?

No obtuvo respuesta.

Ajustó Doyle los prismáticos a sus ojos y examinó los alrededores. Abajo, a otros cien metros, dos peones nativos estaban remendando con gran indolencia un bache de la carretera.

En la muralla opuesta, a otro centenar de metros, un hombre y una mujer apretaban en brazos a los dos más pequeños de sus tres hijos, para hacerles admirar el vertiginoso abismo hacía cuyo fondo caían verticalmente las murallas de la ciudadela.

No había nadie más a la vista.

—Oiga, ¿sigue ahí? —murmuró Doyle.

Tampoco ahora obtuvo respuesta.

Desde la cima de la fortaleza se oía vagamente, en sordina, el ritmo de un disco de «underground». La música procedía de un caserón restaurado que debió albergar mil años antes a un gobernador morisco con su familia y séquito.

Hoy, por la torre de acero que sobresalía, era fácil deducir que el edificio había sido convertido en estación emisora.

Bruscamente, desde el fondo de la garita en que se ocultaba, la voz manifestó de nuevo.

Siempre con aquel susurro trémulo, ronco y casi inaudible:

—La cabeza de Salomé. Demasiado hermosa para morir... tan joven...

Solamente llegaron a sus oídos claramente las dos últimas frases. Solicitó:

—Sea usted quien sea, asome y podré comprender lo que desea que yo haga.

—Aquí es peligroso. Si me viesen hablar con usted... No intente acercarse... Vaya al bar de Maclain... Le explicaré todo allá... ¿Me oye?

—Sí. Voy al bar de Maclain. De acuerdo.

Le pareció oír el rumor de unos pasos precipitados alejándose.

No se movió, cuidando de comportarse como si no hubiese pasado nada.

Si alguien estaba observando, alguien que había inquietado a la voz en la garita, espiaba, no había peligro. Nadie podía sospechar que acababa de saber que una joven demasiado hermosa para morir, iba a ser asesinada.

Pasó lentamente ante la garita y echó un vistazo al interior. No había nada ni nadie. Dos pasos más allá se encontró ante el rellano de una abrupta escalera cuyos peldaños de piedra se perdían de vista en la masa del edificio morisco.

Por allí debió huir la voz. Si bajaba también por aquella escalera, era correr el riesgo de... Pero ¿qué riesgo? Aquello era totalmente insensato, increíble.

Sin embargo, no bajó por las escaleras, sino que prosiguió su camino por el recinto amurallado hasta salir a la amplia explanada.

Mientras bajaba hacia la blanca ciudad marítima, rutilante bajo el sol, se acrecentaron sus dudas sobre lo que acababa de sucederle.

Pero resonaba todavía en sus tímpanos, suplicante y frenética la voz. Pasaba un taxi libre. Lo llamó, y poco después, deslumbrado por el sol exterior, casi le pareció tenebrosa la amplia sala de Maclain.

Una vieja posada siciliana decorada al gusto de una clientela anglosajona. Tras la ancha semiherradura del bar se alineaban barriles. Entre ellos las estanterías contenían toda clase de alcoholes de moda.

No era una ratonera para turistas, pese a que la mayoría de los concurrentes eran británicos o americanos del Norte. Hombres y mujeres se dispersaban a través de la sala o en los compartimentos del fondo, y parecían clientes habituales, conociéndose entre sí.

No eran turistas, sino expatriados. Gracias al ventajoso cambio; podían consumir más alcohol y vivir más confortablemente de sus ingresos. Rentas, derechos de autor, pensiones alimenticias para las damas. Vivían mejor que en Nueva York o en Londres, o en Little Rock o Badlon-on-Thames.

Eran apenas las seis y toda aquella gente, ya sea por el tedio de la ociosidad o porque tuvieran gran apetencia de alcohol, ya estaban muy adelantados sobre la hora del aperitivo nocturno.

Había dos bannen. Uno era joven y autóctono. El otro era el

dueño. Todos le interpelaban por su apellido: Maclain. Bajo su calva adornada de una cicatriz ganada en su primer desembarco en Sicilia como «marine», sus claros ojos observaban gravemente al recién llegado.

—¿Qué le sirvo?

Tenía un fuerte acento nasal, un poco parecido al que ostentaban en los telefilmes los gangsters de Chicago.

Antes que Doyle pudiese contestar, una voz de bajo, en un inglés con acento italiano, exigió:

—¡Dos más! ¡Iguales!

Era un individuo de alta estatura. Llevaba un chaquetón de pana, tejanos, y un sombrero de lona, de ala ancha, muy sucio.

Sus ojillos vivaces bajo las hirsutas cejas negras, miraban a Maclain con irritación. Pero el americano puntualizó:

—Atiendo al señor ahora. Luego me ocupo de lo suyo, Boni. ¿Qué desea tomar, señor?

—Una cerveza. Negra.

—Al instante.

Recogió Maclain los dos vasos que había dejado sobre el mostrador y preguntó:

—¿Su amigo también quiere lo mismo?

—Pues claro.

—Eso es lo que me pareció oír. Pero sea dicho entre nosotros, su amigo se hará papilla el estómago.

Boni encogió los hombros, alejándose.

Maclain gruñó entre dientes:

—Un jerez seco con vermut y ginebra ya es explosivo, pero si además quiere por añadidura cerveza y coñac en vez del vermut, es una bomba.

Alineó sobre el mostrador dos vasos altos, la coctelera, un frasco de ginebra, otro de coñac, otro de jerez y puso una jarra bajo un barril de cerveza negra.

Actuaba como un prestidigitador.

Doyle sorbió su cerveza a lentos tragos. A su lado, dos rubias algo maduras, pero que no parecían haber renunciado a su lejana juventud, se quejaban mutuamente de la falta de galantería de sus compatriotas.

Pidió Doyle otra cerveza. Seguía sin aparecer la misteriosa

persona que debía aclararle el enigma de la «joven demasiado hermosa para morir asesinada».

Todas las mujeres allí presentes carecían de las dos condiciones juntas de belleza y mucha juventud.

Le tocaron el hombro. Se volvió esperanzado.

Era el individuo que poco antes había visto hablar consigo mismo en voz alta, sentado tras una mesa. Un británico. Que ahora le dedicaba una sonrisa extasiada de borracho a la vez que le preguntaba:

—¿Qué sabe usted de la vida, joven?

—Poca cosa.

Una expresión de beatífica complacencia iluminó el ancho rostro rubicundo.

—Hace ya veinte años que hago siempre la misma pregunta, por todos los bares del globo, y siempre me contestan de dos cosas, una. O bien «poca cosa» o con más frecuencia «está usted beodo». No falla nunca.

Una voz ronca susurró a espaldas de Doyle:

—Con permiso.

El codo de Doyle cerraba el paso a un hombrecillo de cabellos plateados cuya edad podía oscilar entre los cuarenta y los setenta y cinco años.

Aquel individuo, o estaba atacado de senilidad precoz o se conservaba magníficamente bien. Su semblante lleno de pequeñas arrugas tenía una tez sonrosada. Vestía una camisa y un pantalón blancos, prendas muy usadas, pero limpias.

Sus pies estaban extrañamente calzados con una primorosa sandalia azul de tenis y un mocasín marrón.

Empuñaba una escoba.

Doyle se ladeó para dejarle pasar, viéndole proseguir en su limpieza a lo largo del mostrador.

El borracho le interpeló:

—Oye, viejito, ¿qué sabes de la vida?

Sin dejar de barrer, replicó sonriente el interpelado:

—Poca cosa.

El borracho se volvió hacia Doyle, con expresión triunfante:

—¿No le decía? Todos lo mismo. No es extraño que me vea obligado a beber lo que sea. Es tan monótona la vida... y la gente.

Se alejó tambaleándose. El hombrecillo y su escoba proseguían su camino. Al extremo final del mostrador, Maclain servía una generosa ración de ron oscuro en un alto vaso.

La poca distancia que le quedaba por recorrer hasta el vaso, el barredor la salvó a toda velocidad. Tirando su escoba en un rincón, se apoderó de su recompensa, con el aire dichoso de un viajero que halla su hogar tras una navegación agotadora.

Consultó Doyle su reloj. Hacía ya casi una hora que esperaba. Se puso a tamborilear con los dedos impacientemente. Bajo las yemas encontró un pedazo de papel.

Una servilleta blanca. Iba a estrujarla cuando percibió que habían escrito algo en ella.

Con lápiz, en letras redondas:

«Imposible hablar aquí. Vigilan. Vaya a la fuente del Parque Marino. Aguardo».

Conrad Doyle deslizó en torno una mirada escrutadora.

La concurrencia parecía demasiada ocupada en ella misma para prestar atención a sus hechos o gestos.

Pagó sus consumiciones y abandonó el bar. Varias veces volvió la cabeza. Nadie le seguía.

CAPÍTULO II

Avanzaba a lo largo de la gran alameda del litoral que daba la vuelta al Parque Marino. Frente a él, los surtidores de agua salpicaban de espuma las estatuas que adornaban la fuente.

Al acercarse a la plaza vio que había un corro de gente apiñada en cerco. Primero pensó que se trataba de una reunión pública. Pero aquel grupo de gente estaba anormalmente silencioso.

Abrían paso de pronto a dos guardias municipales. Y pudo ver a dos individuos vestidos enteramente de blanco, levantando del suelo un cuerpo inerte.

El de un hombre de pocas carnes, de cabellos grises, rostro extrañamente joven y vieja ropa muy cuidada.

Cuando los enfermeros deslizaban la camilla dentro de la ambulancia, vio Doyle que el hombre inerte iba calzado en forma muy rara: una sandalia azul de tenis en un pie y, en el otro, un mocasín castaño.

En el momento en que uno de los enfermeros ocupaba su puesto tras el volante, uno de los guardias le preguntó:

—¿Está muerto?

—Sí. Y bien muerto.

El guardia montó al lado del chófer y la ambulancia partió. En medio de un grupo, una mujer peroraba con indignación:

—Cada vez está peor esto del tránsito. Y atropelladores que huyen, tras aplastar a alguien, es una ignominia. Eso es.

El guardia se aproximó. Y también Doyle. Preguntaba el funcionario:

—¿Vio cómo pasó la cosa, señora?

—¡Y tanto! El ancianito atravesaba la calle corriendo torpemente. El camión lo volteó. Sin pararse. Sin ni siquiera aminorar la marcha.

—O sea que cree que lo hizo a posta.

—¿Que lo hizo a posta? ¿Qué quiere decir, guardia?

—¿Lo atropelló accidentalmente?

—¡Naturalmente! ¿Quién iba a desear matar así a un inofensivo ancianito? Atravesaba la calle corriendo torpemente cuando el camión...

—¿Vio al chófer?

—No.

—¿Qué clase de camión era?

—Como cualquier camión.

—¿De qué color?

—Gris oscuro.

—¿Llevaba placa comercial, alguna inscripción, cualquier detalle, señora?

—Estaba yo para mirar detalles. No podía apartar los ojos del ancianito, todo arrugado, hecho una pasa...

Arrugó Doyle las narices. Por segunda vez en poco tiempo notaba un olor de tabaco inglés muy característico: «Prince Albert». La primera vez había sido en el bar de Maclain.

Miró en torno. La gente se dispersaba. Ninguna silueta le pareció conocida.

Caminando lentamente estuvo ya seguro de que no podía tratarse de una coincidencia. El atropellado era sin duda alguna la Voz que había oído en las murallas. Y también el autor del mensaje escrito en el bar de Maclain.

Atravesaba la calle para dirigirse a la fuente, simplemente porque era el autor de aquel mensaje. Y lo habían matado porque sabía que debían asesinar a «una joven demasiado hermosa, para morir».

Maclain le acogió con amplia sonrisa.

—¿Le sirvo otra cerveza negra?

—De momento desearía un informe sobre este hombrecillo que barría hace poco aquí mismo.

—¿Old Nick?

La marca del clásico ron antillano. Comentó Doyle:

—¿Old Nick? No cabe duda que era un apodo. ¿Cuál era su verdadero nombre?

Meneó Maclain la cabeza en sentido negativo.

—Nadie lo sabe. Hace seis años, cuando compré este local, Old

Nick ya lo barría para pagar su ron. Y continuó haciéndolo. ¿Es que le pasa algo al hombre?

—Acaban de llevárselo muerto.

—¡No!

—Sí. Fue atropellado por un camión en la plaza de la Fuente hace minutos.

En pocos instantes media docena de bebedores se apretujaban en torno a Doyle. Alguien hizo una pregunta, y todos juntos empezaron a interrogarle.

—Todo lo que sé es que lo mató un camión que se dio a la fuga. Una ambulancia lo ha recogido. Debería alguien avisar a su familia.

—¿Su familia? —repitió Maclain—. Old Nick nunca me dio la impresión de tener una familia.

Alguien agregó:

—Tipos como Old Nick no tienen familia.

Volvían a sus puestos, pasada ya la curiosidad.

Comentó Maclain maravillado:

—Es formidable lo que pasa en esta clase de trabajo. Vemos a un fulano todos los días, durante años, y no se sabe quién es. También es verdad que Old Nick no era nada hablador. Además, nadie hablaba con él, como no fuera para gastarle bromas. Lo acostumbrado con un borrachín.

—¿Estaba borracho esta tarde? No me lo pareció.

—Nunca parecía borracho, ni se comportaba como tal. Y, sin embargo, nunca estaba sobrio. El alcohol era para él como el aire. Si hubiese dejado de beber, habría muerto como si hubiese dejado de respirar.

—Nick no tendría familia, pero sí amigos.

—Muchos amigos. La gente le apreciaba.

—Por casualidad, ¿tendría una amiga joven? ¿Habló en particular de una joven muy bonita?

—Nunca hacía alusión a su vida privada. Quizá porque a nadie, se le ocurrió preguntarle. ¿Cómo es que le interesa a usted tanto el viejo Nick?

Intérprete y corresponsal de una productora de cine londinense, buscó Doyle una respuesta lógica. Mintió con aplomo:

—Soy novelista. He pensado que tal vez hubiese un misterio tras la personalidad de Nick, lo cual podría darme un buen tema

argumental.

—Cierto, cierto. No me extrañaría nada. Debería usted tratar de averiguar más cosas sobre el viejo Nick.

—Si supiese dónde habitaba y hablase con alguien que le conociese bien, me ayudaría mucho.

—Déjeme pensar... ¡Ya está! Cada noche Simeto le llevaba a su barraca.

—Ah... ¿Era preciso llevar todas las noches a Nick?

—No, no. Veo que sigue sin captar la onda. Nick no era un borracho, sino una esponja muy digna. Simeto lo llevaba porque tiene un coche de punto y al retirarse a cenar, con su jamelgo y el carricoche, llevaba gratis de pasajero a Nick. Por simpatía. Simeto no tardará en venir. Para aquí cada noche. Se toma un café con coñac antes de encaminarse hacia su cuadra.

La carretera que conducía al lugar donde había vivido Old Nick, se remontaba en espiral hasta la cima de una colina, en las afueras de la ciudad.

Al llegar a una encrucijada, ya solamente se podía seguir a pie. El sombrío y taciturno Simeto dejó a su pasajero a la entrada de un sendero pedregoso.

No, no conocía nada particular de Old Nick. No, no aceptaba una sola lira. Aquel viaje era como una despedida definitiva y gratuita dedicada a Old Nick, el inglés siempre risueño y amable.

Hizo dar media vuelta a su caballo cansino y partió en dirección opuesta.

Doyle se internó por el sendero. Recortándose al claro de luna, apareció la masa oscura de unas chabolas. Atravesando un patio de tierra apisonada, se dirigió hacia un barracón que daba la impresión de ser habitado.

Un gato se escurrió velozmente por entre sus piernas, elevando un cacareo de protestas entre las masas grises acurrucadas sobre un largo palo horizontal.

No había puerta en el dintel del barracón. Llamó Doyle:

—¿Hay alguien? Buenas noches.

Aparte las gallináceas que continuaban emitiendo cloqueos de irritación, parecía no haber nadie.

La entrada daba a un estrecho pasillo con dos puertas. Se aproximó Doyle a la más cercana. Estaba entreabierta. La empujó

del todo.

Encendió un fósforo. Contra la pared había un camastro con mantas y una silla con una palmatoria. De varios clavos colgaban algunas camisas blancas, una sahariana y un sombrero de paja.

El suelo estaba sembrado de zapatos viejos.

Una voz ronca y furiosa restalló a su espalda. En dialecto siciliano increpaba:

—¡Bribón! ¿Qué modales son éstos? Colándose como un bandido...

Al sobresalto, soltó Doyle la cerilla que le quemaba los dedos. Avanzó, tras dar media vuelta repentina.

La mujer que le increpaba iba retrocediendo por el pasillo. Se encontraron en el patio. Doyle comprobó que no era ni joven ni vieja. Recia y vestida como una campesina.

Habló Doyle en italiano:

—Perdone mi intrusión, pero llamé y nadie contestaba.

—¿Usted es inglés?

—Sí. Y veo que habla usted mi idioma.

—A la fuerza. Por aquí pasaron muchos de su tierra. ¿Qué vino a buscar aquí?

—Se trata de su inquilino Old Nick... Lo atropellé un camión hace unas horas. Ha muerto.

—¿Muerto? ¿Quién dice que ha muerto?

—Su inquilino Old Nick.

—Nunca he oído hablar de ningún Old Nick.

—Tal vez porque conocía usted su verdadero nombre. Era un viejo inglés.

—Aquí no hay ningún inglés, ni viejo ni joven.

—Sin embargo, la habitación en que entré está habitada por un hombre.

—Sí. Mi hijo.

—Pero, eso es imposible.

—¿Imposible? ¿Imposible que tenga yo un hijo?

—No es lo que quise decir. Verá... Hace ya bastante tiempo que un cochero que se llama Simeto... ¿Conoce a Simeto?

—No sé quién es.

—Bueno, en todo caso, el tal Simeto acompañaba todas las noches a Old Nick aquí... En fin, al principio del sendero. ¿Es que

hay otras casas por los alrededores?

—No hay ninguna otra casa. La única es ésta. La mía.

—Entonces, sí que no comprendo nada de nada.

—Se habrá equivocado usted. No existe aquí ningún Old Nick, ni conozco a ningún viejo inglés. ¡Y ya está bien! Llega aquí en plena noche. Entra en mi casa como un ladrón y encima empieza a hacerme preguntas idiotas... ¡Váyase!

Con ademán enérgico señalaba el sendero de descenso.

En la penumbra sus blancos dientes brillaban dándole aspecto de ferocidad.

Recordó Doyle de pronto la Mafia, las campesinas, expertas tiradoras de escopeta...

Dando media vuelta se alejó, apresurando el paso.

A medida que se aproximaba a la ciudad, estaba cada vez más convencido de que debía recurrir a una autoridad competente. Era lo primero que hubiese tejido que hacer: acudir al agente consular británico.

Repicó por tres veces el aldabón de la puerta maciza de la estrecha casa de tres pisos. A un lado del umbral una placa de bronce especificaba en letras doradas:

«Consulado Gran Bretaña».

Retrocedió algunos pasos, alzando la vista hacia las ventanas. Seguían a oscuras. A su espalda resonó un paso rápido. Un hombre muy rubio, de tez clara que acababa de salir del café de la esquina, acudía apresuradamente a su encuentro.

—Buenas noches. ¿Puedo serle útil en algo?

—Deseaba ver al cónsul.

—Fue a pasar unos días en su finca de Catania. Soy mi secretario, Marcus Grant.

—Me llamo Conrad Doyle.

—¿Puedo ofrecerle un tónico? —Y señalando el café del que acababa de salir, agregó el secretario consular—: Estaba saboreando un excelente licor de cereza que dejé a medio terminar cuando le vi por la ventana.

El café era casi siniestro, pero en el compartimento reservado de Marcus Grant se estaba confortablemente. Tras paladear el licor de cereza, contó Doyle su historia.

Empezó a sentir cierta antipatía hacia Grant. Le escuchaba con ironía y, al término de la narración, el rubio agente consular emitió aún una serie de risitas intermitentes.

Tras sus gafas azules, los ojos rebosaban maliciosa borla.

—¿Tan chistoso es lo que acabo de contarle?

—Es que resulta difícil creer esta historia. Yo conocía algo a Old Nick, ¿comprende? Fíjese personalmente, pero era todo un personaje en Taormina. Muestro más famoso alcohólico.

—Entonces, ¿no cree que haya una joven en peligro? ¿Opina que todo ello no ha existido más que en el delirio de un borrachín?

—Exactamente.

—Sin embargo, Nick ha sido asesinado.

—Pero ¿no me dijo que lo atropelló un camión?

Es un final que no tiene nada de sorprendente para un borracho.

—Pero el camionero no se detuvo. Es una prueba, ¿no?

—Sucede con frecuencia. Es sólo una prueba de egoísmo de ciertos conductores. ¿O sea que usted se creyó ese folletín de la joven demasiado bonita para morir?

Doyle empezó a odiar a Grant.

—¿Cómo piensa encontrar esta maravilla de criatura? Le sugiero que organice un concurso *Miss* muy Preciosa para Morir 1970.

—Óigame... Habrá quizá un agente de policía que perciba algo poco común en mi relato.

—Me temo que si cuenta su aventura a la policía, las risas se oirán en Londres. Además, ¿qué podrían hacer? Ignoran dónde encontrar a la joven y difícilmente podrían asegurar la protección de todas las chicas bonitas de los contornos. Deben existir por aquí, aproximadamente, un millar de muchachas jovencitas y guapas...

—¿Forasteras? ¿Inglesas o americanas?

—No tiene motivo fundado para creer que sea anglosajona. ¿Por qué no pudiera ser autóctona?

—Cierto.

—Trate de olvidar esa necia historieta. ¿Usted no está casado, verdad?

—No.

—Ya me lo parecía. Claro, eso de demasiado hermosa para morir fue lo que le entusiasmó, ¿no, viejo?

—Supongo que tampoco usted estará casado.

—Divorciado.

—Naturalmente, era de suponer. Bueno, gracias por el licor. Buenas noches.

—Celebro haberle abierto los ojos, evitándole comportarse como un cándido. Felices sueños, Doyle.

De regreso a su hotel, procuró Doyle ser imparcial. Si bien le era antipático el fácil humorismo del secretario consular, lo cierto era que su lógica resultaba aplastante.

Cuando despertó, el sol entraba a raudales por el balcón. Permaneció tendido. Pasaba mentalmente revista a los sucesos de la víspera.

La Voz de la garita. El bar de Maclain. La plaza de la Fuente. El cuartucho lóbrego de la casa de la colina. Recordaba todos los detalles de aquel cuchitril pese a haberlos vislumbrado por escaso tiempo y a la luz de un fósforo.

El camastro, la silla, la ropa colgada y, por el suelo, zapatos viejos, mezclados...

Saltó en pie como impulsado por resortes. Tenía que volver a la casucha de la colina y sostener otra entrevista con la campesina.

La vida de una muchacha estaba en peligro.

Si la muerte de Old Nick no constituía ninguna prueba, las mentiras de la campesina formaban una prueba sólida.

Old Nick había habitado aquella casa.

Los zapatos eran de Nick. No cabía la menor duda.

Ahora, como en filme retrospectivo, Doyle recordaba haber visto entre el calzado esparcido por el suelo, una sandalia azul de tenis y un mocasín castaño.

CAPÍTULO III

Doyle chasqueó los dedos hacia un taxi que estacionaba cerca del hotel. Otro taxi apareció de pronto, cortando el camino al que se aproximaba, y vino a pararse ante Doyle.

Doyle tenía prisa. Y su decisión de respetar la prioridad del taxista que atrás vociferaba contra los «piratas del asfalto» quedó anulada cuando el «pirata» le habló en inglés.

—Me llamo Stan. Tarifas especiales por hora, jornada o semana.

Entrando en el coche negro y blanco, indicó Doyle:

—Atraviese el parque y luego ya le diré el camino.

Al primer viraje miró atrás, para ver si le seguían. Una idea desagradable que acababa de ocurrírsele. Los asesinos debían ya estar enterados del interés que demostraba en sus proyectos.

Pero, de momento, nadie seguía al taxi.

Por el retrovisor estudió el rostro del conductor. Que respondió con una amplia y jovial sonrisa que ensanchaba aún más su cara redonda y mofletuda.

—¿Permanecerá algún tiempo por Taormina?

Hablaba un inglés de acento indefinible. No era de matiz extranjero, sino mezcla de diversos acentos.

—Todavía no lo he decidido.

—Me llamo Stan Stanley. ¿Y usted?

—Doyle. Conrad Doyle.

—Me alegra conocerle, señor.

—Yo también, pero basta con llamarme Doyle... Gire a la izquierda. Y suba la colina.

—¿A la izquierda, la colina? ¿Es que sabe bien dónde va?

—Creo que sí.

—No hay nada allá arriba.

—Si no quiere subir, puedo continuar andando.

—Ni hablar, señor. Mi lema es el corriente. El que paga tiene

casi siempre razón.

A media cuesta, Doyle se dio cuenta de que habría ido más aprisa a pie. El cacharro de Stanley, remendado y prehistórico, tenía buena voluntad, pero carecía de potencia.

No obstante, el chófer, tan obstinado como su viejo modelo «Willys Knight», llevó su jadeante vehículo hasta la entrada del sendero, donde Doyle se apeó.

—Aguárdeme.

—A la orden, jefe.

Dirigiéndose hacia la casucha, pensó Doyle que Stanley era algo confanzudo, pero agradable. Un cuarentón jovial.

Al atravesar el patio notó que las gallinas habían desaparecido. Algo le impulsó a entrar directamente sin llamar.

Ya no había nada en el cuartucho. Camastro, silla, ropa, zapatos... todo había desaparecido. El cuarto al otro lado del pasillo estaba también totalmente vacío.

En pocos minutos descubrió que toda la casa estaba desierta. Se disponía a volver al taxi, cuando un hilo de humo que se elevaba en el cielo tras la cima de la colina, le decidió a continuar investigando.

Desde lo alto de la colina, descubrió el magnífico espectáculo del Mediterráneo extendiéndose a pérdida de vista. Y a sus pies, colgando de la ladera dando al mar, unas cuantas casas de intensa blancura.

Todas nuevas, con jardines y piscina privada.

El humo que le llamó la atención surgía de la chimenea de la casa más próxima. En el patio, cerca de una piscina ovalada, dos mujeres, en tumbonas, tomaban el sol.

Se detuvo Doyle a la entrada del patio. Al primer vistazo, las dos mujeres, que todavía ignoraban su presencia, parecían gemelas. Rubias, bronceadas, en bikini, con un cigarrillo en la diestra y un vaso lleno en una mesita al alcance de la zurda.

Avanzando, comprobó Doyle que no eran tan jóvenes como le parecieron a distancia. Al verle, lanzaron una exclamación. No de temor, sino de sorpresa complacida.

—Pido disculpas por molestarlas.

—No nos molesta: —dijo una.

—En absoluto, en absoluto —remachó la otra.

—Me llamo Doyle...

—Yo soy la señora Summer, Dolly.

—Y yo la señora Morris, Nelly.

—Tal vez me fuese posible hablar con sus esposos.

Las dos rieron burlonas. Preguntó Dolly:

—¿Con todos?

—¿Cómo dice...?

—En total, son siete. Entre nosotras dos, claro, tuvimos siete maridos.

Doyle miró hacia, la casa con cierta aprensión.

—Oh, no están con nosotras, claro —sonrió Nelly—. Ahora no hay ni siquiera uno solo aquí. Descansamos Siéntese. ¿Le preparo un traguito, joven?

—No, gracias. Verán... Tengo cierta prisa. ¿Por casualidad conocen a un tal Old Nick?

—¡Un magnífico sujeto! —Manifestó Dolly—. Va a llegar de un momento a otro a barrer el patio...

—Y ganarse su primer trago de la jornada —agregó Nelly.

—Lo dudo, señoras. Lo siento, pero debo anunciarles que anoche un camión lo atropelló.

—¡No! ¿Oíste, Dolly?

—¡Parece imposible, Nelly! Es atroz, simplemente horroroso. Y pensar que la última vez que le vimos, ayer mismo, nos burlamos un poco de él.

—No le daba importancia. Estaba acostumbrado...

—Sí que le dio, Nelly. Casi estaba furioso. Y ahora ha muerto. Y nosotras nos reíamos de su truculenta historia... ¿Usted era amigo de Nick, joven?

—Verán... Déjenme explicarles. Ayer tarde, mientras visitaba la fortaleza morisca, Nick me habló sin que le viese. Se había escondido dentro de una garita. Tenía miedo de que pudieran verle pidiéndome ayuda. Me dijo que querían asesinar a una joven...

—¡Cielos! ¿Te das cuenta, Dolly?

—Sí. Precisamente ésa fue la razón por la que nos burlamos de Nick. Nos explicó algo siniestro referente a una muchacha...

—¿Les dijo el nombre?

—No. No lo sabía.

—Pero ¿qué les dijo? ¿Por qué creía que estaba en peligro?

—No me acuerdo bien de lo que decía. No hacíamos mucho caso, ¿verdad, Nelly?

—No le hacíamos mucho caso, no. Le tomábamos los rizos. Le decíamos que el ron acabaría con él. Que haría mejor poniéndose a régimen de coñac como nosotras... Coñac seco, naturalmente.

—Pero ¿les dijo por lo menos dónde había visto a la muchacha?

—¿No fue junto al puerto mismo, Nelly?

—Creo que algo parecido...

—¡Ya está! Lo recuerdo. Dijo que la vio cambiar un cheque en algún sitio...

—¡S! ¡En el Bazar Paolo!

—Exacto. ¡En el Bazar Paolo!

—Bien, muchas gracias, señoras...

—Quédese un poco, hombre. No devoramos a nadie, ¿verdad que no, Dolly?

—Nunca a primera hora de la mañana. Vuelva a vemos a media tarde... Juguemos a lo que usted prefiera.

Rieron ambas estrepitosamente, y aclaró Nelly:

—Canasta para empezar. Luego, depende.

Conrad Boyle repitió su agradecimiento y emprendió una veloz retirada.

Stanley condujo su taxi hasta el centro de la avenida del litoral, deteniéndose ante el Bazar Paolo.

Paolo estaba vendiendo muñecas sicilianas a una pareja sueca. Realizada la venta se aproximó a Doyle.

Adustamente señaló los cuatro banderines sobre el mostrador. Doyle tocó la tela con los colores británicos.

—En este caso, yo mismo puedo atenderle.

—Primero desearía saber si cambia usted cheques...

—

Traveler's,

sí. Siempre que no sean exorbitantes.

—Ayer le cambió usted un cheque a una joven.

—Por lo menos a siete u ocho.

—¿Sigue teniendo los cheques?

Se hizo más sombrío el ceño del siciliano políglota.

Aclaró Doyle:

—No soy policía, sino escritor. Y deseo saber el nombre de la joven. Es extraordinariamente bonita.

Paolo sonrió. Poco, pero expresivamente.

—Todavía no llevé los cheques al Banco.

Rebuscó en un cajón y sacó un fajo de cheques viajero.

—Éstos son los de ayer. Veamos... ¿Joven, joven?

—Mucho. Digamos menos de veintitrés.

—¿Bonita, bonita?

—Tremendamente preciosa.

Iba Paolo hojeando los cheques. Leyó de pronto.

—Carolyn Morgan. Hotel Riviera. Unos veintidós y bellísima desde las crines a los cáncanos.

Inscribió Doyle con bolígrafo en su bloc.

Paolo hacía correr las hojillas bancarias. Mascullaba comentarios sobre sexo y edad hasta llegar a otro cheque.

—Fausta York. Ésta la conozco. Es joven. Aunque no tierna.

—¿Bonita?

—La belleza es un concepto especial que cada hombre tiene a su modo ante una mujer.

—Pero ¿Fausta York es bonita?

—Exótica. Entre nosotros, inscríbala en su lista.

—De acuerdo. ¿Conoce su dirección?

—Reside por rachas en un estudio de la Piazza Garibaldi. Pregunte allá. Todo el mundo la conoce.

Paolo continuó hojeando traveler's.

—Creo que no hay más... Varios turistas del sexo feo, o mujeres ya de cierta edad, si no respetable, sí otoñal. Antes que se me olvide. Dado que usted me ha caído bien, tenga cuidado con Fausta.

—¿Qué sucede con Fausta?

Mirando en torno como un conspirador, bajó Paolo la voz:

—Corren rumores sobre que sí Cosa Nostra, ley del silencio, en fin, chitón. Cuanto menos sé mencione el tema, más seguro está uno.

Llegó al último cheque y exclamó, poniendo los ojos en blanco:

—¡Madonna mía...! Ésta sí que era guapa, muy guapa. Inglesa. Compró perfume especial.

De una estantería empuñó Paolo un vaporizador Pulverizó el

extracto en el aire.

—Huela, huela.

Doyle cerró los ojos. Era como si viese a la joven demasiado bonita para morir. Aquel aroma sutil, obsesionante, aunque fugaz, leve, sin insistencia, era el de la Mujer Ideal.

La encarnación condensada en extracto de todas las mujeres inaccesibles que se ven por trenes, barcos aviones. Por paseos, por balcones. Que pasan, miran prometen y desaparecen.

La voz de Paolo parecía venir de muy lejos:

—Irresistible, ¿verdad? Dijo que era el único aroma que ella usaba. Se llama «Nirvana».

—¿Y ella?

—Mabel Atkins. Hotel Sussex.

CAPÍTULO IV

Doyle entró en el taxi.

—Al hotel Riviera.

Stanley vació su pipa por la portezuela, golpeándola contra el reborde de la ventanilla.

—Acabo de charlar con un amigo suyo, señor.

—¿Amigo mío?

—Sí. Marcus Grant, del consulado. Paseaba y cuando le vio a través de la vitrina del bazar, se echó a reír.

—Una risa odiosa. ¿Está lejos el Riviera?

—No mucho. Yo le pregunté a Grant qué era lo que le producía hilaridad, y me lo contó.

—Supongo que usted añadiría un par de carcajadas a los rebuznos de Grant.

—Ni hablar. Yo no encontré divertida la cosa, sino más bien grave.

—¿De veras?

—Sí, porque usted tiene aspecto de ser inteligente.

—Gracias.

—Y si la gente inteligente se pone, como usted, a creer todo lo que divagan los Old Nick que por el mundo pululan, no sé dónde vamos a parar...

—¡Eh! ¡Pare! Aquél es el Riviera.

—Ah, sí, es aquí. Un hotel muy acogedor... Para los que son de naturaleza optimista.

El vestíbulo era un recuadro oscuro, donde tras un mostrador se acurrucaba una silueta sombría. Una silueta que solamente hablaba italiano.

Informó que Carolyn Morgan ocupaba la habitación 14. Y que quizá estuviese en ella. O en otro sitio.

Encontró una escalera, llegando a un rellano, donde llamó a la

puerta marcada 14. Una voz lejana le invitó a pasar.

La habitación era tan pequeña que parecía poder contener apenas una cama. La cama estaba vacía. Y el cuarto también.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

La voz, más cercana ahora, le invitó a salir al balcón. Un espacio tan estrecho que estaba totalmente ocupado por la rubia tomando un baño de sol.

La mirada de Doyle recorrió la espina dorsal, comprobando que la rubia vestía solamente una pieza del bikini. Al primer movimiento que hizo para volverse, Doyle, para conservar su claridad mental, miró las aguas azules del Mediterráneo en dirección al África del Norte.

—Ya puede mirar ahora.

Ella se había sentado de espaldas contra la balaustrada, cruzando los brazos sobre el pecho. Pero los brazos resultaban totalmente insuficientes.

Esta vez fue hacia el África del Sur donde se extravió la mirada de Doyle.

—¿Quiere que vaya a buscarle un vestido?

—No tengo frío.

—¿Una toalla?

—No estoy mojada.

—Bien... Quería preguntarle. ¿Usted es Carolyn Morgan?

—Más conocida por Lyn. Y Morgan es mi nombre de familia. Descendemos en línea indirecta del famoso corsario bucanero y filibustero.

—Oiga, ¿no teme coger un resfriado? ¿No quiere cubrirse un poco?

—Estoy recubierta de ámbar solar.

—No basta. Y deseo hablarle seriamente.

—Qué pena, hombre.

Al pie de la cama encontró una toalla esponjosa que llevó al balcón. Ella la miró con aire resignado.

—Ya que se empeña... Usted es inglés, ¿verdad? —Sí.

—Es morrocotudo.

—¿Qué es lo morrocotudo?

—Ser inglés. Todo el mundo no puede ser inglés.

—Quizá, por suerte... No nos extraviemos...

—Yo nací en las montañas Ozark, en pleno meollo de Arkansas. Pude escapar a tiempo.

—¿No se pregunta qué hago aquí, Carolyn?

—No hace nada por ahora. Venga, siéntese aquí.

Palmoteó el suelo, a su lado.

—Aterrice y póngase cómodo.

—Dispongo de poco tiempo. Escuche, no sé cómo decírselo, pero tengo motivos para pensar que alguien podría..., fíjese qué digo, podría... intentar matarla.

—Morrocotudo.

—Acabo de decirle que alguien trata de asesinarla.

—No me diga...

Bajó ella las largas pestañas, naturales, velando los inmensos ojos castaños, y expuso pensativa:

—Debe ser un truco nuevo para venderme un seguro de vida.

—No soy vendedor de seguros. Escuche, por favor. Es posible que alguien venga a matarla. ¿Se da cuenta? A-se-si-nar-la...

—Vamos, no se ponga así de tétrico, muchacho. Siéntese a mi lado. Tenemos que hacemos buenos amigos. Comprenderá que no voy a charlar de mi propia muerte con alguien a quien apenas conozco. ¿Cómo se llama usted?

—Doyle, Conrad.

—Bellos nombres a fe mía. ¿Veintiocho años, Conrad?

—Menos tres. ¿Tiene idea de alguien que quiera poner fin a sus días?

—Nunca sabe una, pero si lo supiera, no se lo diría. ¿Por quién me toma? ¿Por una chivata? ¿Sabe lo que les pasa a los chivatos en las montañas donde nací?

—Se vuelven cabras. Por favor, Carolyn, hablo en serio. Es posible que necesite protección.

—Dígame, Conrad, ¿tiene un amigo guapote como usted?

—No acabo de entender...

—Está claro. Tengo una amiga. Ella también podría necesitar protección. Así seríamos cuatro. A ver quién protege a quién.

Suspiró Doyle, renunciando.

—Creo que hice cuanto pude. Adiós, Carolyn.

—Hasta cuando quiera, Conrad.

Al entrar en el taxi, le preguntó Stanley:

—¿Era ella? ¿Su vida estaba en peligro?

—A cada minuto debe estarlo. Piazza Garibaldi.

—¿Número?

—Todavía no sé.

—¿A quién quiere ver allá?

—Una joven llamada Fausta York.

—Reside en el número 36.

—Vaya... ¿La conoce?

—Nuestras rutas se cruzaron.

—¿Dónde?

—La ayudé a fugarse de Marsella, cuando yo era taxista por aquel litoral.

—¿Y por qué se fugaba ella de Marsella?

—Por los ojos de una mujer.

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Fausta había intentado arrancárselos. Conste que no la critico. Es una cliente muy generosa. Volví a verla en Viena, cuando tuve un taxi por las riberas del Danubio, menos azul que antes.

—¿También se fugaba de Viena?

—Joven, me agrada usted, porque hasta en su ironía hay buen tondo. Es posible que me considere un visionario. No, no se fugaba de Viena, sino hacia Viena pero no sé de dónde. Me lo dijo, pero lo olvidé. Recuerdo que era algo donde se mezclaban cuchillos y venenos, en algún lugar balcánico. Volví a verla por Berlín, donde también tuve un taxi.

—¿Le hizo confidente de alguna otra aventura siniestra?

—No. Solamente la vi yo. Ella no me vio.

—Pero si ha viajado tanto, debe ya tener cierta edad...

—Apenas veintiuno, pero las italianas son precoces y se viaja rápido con los «jet».

—Su apellido no es italiano.

—Su papá fue un militar yanqui que terminada la guerra volvió en son de paz, y se casó con una romana. Siguió la guerra, pero privada.

—Resulta bastante posible entonces que Fausta York esté en peligro, ¿no cree, Stan? Por lo que usted me cuenta es una chiquilla muy capaz de tener una legión de enemigos de ambos sexos.

—Es una mujer apasionante. Verá lo encantadora que es.

Penetraba el taxi en la gran plaza Garibaldi.

—¿Qué hace ella en Taormina?

—No lo sé. Ni la policía tampoco.

Apeándose, comentó Doyle:

—Por lo visto, ha sido usted chófer de taxi en muchos sitios.

—A la fuerza. No podía quedarme mucho tiempo en el mismo sitio. Éste es el primer taxi que he logrado pagar por completo.

El 36 de la Piazza Garibaldi era un inmueble antiquísimo, dividido en apartamentos.

Doyle tuvo la impresión de hallarse en un laberinto. Un dédalo de corredores y jardines le condujo hasta un patio, donde dos criaturas de cinco a seis años hacían moldeados en la arena.

Frente a ellos, en un banco, había una joven morena, peinada con dos trenzas que le daban aspecto de colegiala buena. Hacía labor de punto.

Su semblante sin maquillaje expresaba docilidad y mansedumbre.

—Usted perdone. Busco a la señorita York.

—Soy yo.

Incrédulo, miró Doyle hacia los niños.

Fausta York rió. Una risa honda, grave.

—Me cuido de los hijos de una amiga que vive aquí.

—Entonces, ¿usted es Fausta York?

—Sí. ¿Le extraña? Le habrán contado atrocidades. La gente siempre exagera.

Fue entonces cuando Doyle se fijó en sus ojos. Eran ojos que podían haber desafiado todos los peligros de Marsella, Viena, los Balkanes y los dos Berlín.

Las trenzas, la blusa camisera blanca, la falda deportiva y los desnudos pies en sandalias, le aparecieron de pronto como un disfraz.

—Estoy segura que habrá oído chismes de toda clase. Perdone un momento.

Levantándose, atravesó el patio y su silueta daba una impresión perversa pese a su atavío de colegiala.

Quitó una piedrecita de la boca de uno de los niños, la tiró lejos, y tras acariciar ambas cabezas, regresó al banco, reanudando su labor de punto.

—Sepa que ya me retiré de toda actividad, aceptando a cambio una renta mensual que me abona una asociación internacional de hombres de negocios. Las esposas de estos financieros insistieron en que me retirase.

—Comprendo. Es usted como quien dice... una auxiliar protegida de las Damas de la Mafia.

—Más o menos —y sonrió ella con expresión de gata satisfecha al añadir—: Pero dejemos las trivialidades. Vino a verme ¿para qué?

—He sabido por casualidad que alguien podría estar planeando liquidarla.

—¿De veras? —Y hubo destellos casi de esperanza en las anchas pupilas verdosas—. Se tratará de una broma. Ya dejé atrás mi época activa. Le repito que estoy retirada.

—Por lo que he podido comprender, no sería nada absurdo que alguien intentase matarla.

—Es usted muy gentil al querer dar un poco de diversión a mi actual calma chicha. Pero desgraciadamente, no ocurrirá nada nuevo... ¿Por qué cree posible que me suceda algo?

Le explicó las razones de su alarma. Ella pareció muy decepcionada.

—No. La cosa se presenta mal... Old Nick no era mala persona, pero siempre andaba con el seso envuelto en vapores espirituosos. Hubiese podido creer a cualquiera..., pero a él, no.

—De todos modos, creí mi deber informarla. Y si alguien tratase de atentar contra su vida...

—¡Me gustaría verlo!

Y en aquel instante sus agujas de hacer punto, se le antojaron a Doyle las armas más mortíferas que jamás viera.

Amenazador el tono, agregaba ella:

—¡Pobre del que lo intente!

—Eso era precisamente lo que iba yo a decir. Adiós.

—¿Piensa quedarse largo tiempo por Sicilia?

—Todavía no lo sé.

—En todo caso, si alguna vez necesita una buena guardiana de niños, piense en mí.

—Gracias. Pensaré en usted.

Diez minutos después, en el mostrador de recepción del hotel Sussex, le informaban que Mabel Atkins ocupaba la habitación 139

del segundo piso.

Aceleró el paso ante las puertas numeradas del 131 al 137, y supo que llegaba a su meta por el sutil aroma de sortilegio que le sumía en raro éxtasis.

Y se encontró ante el umbral abierto del 139.

Una matrona reseca como un sarmiento estaba vaporizándose ante una coqueta. Vestía uniforme de camarera de piso.

Al ver a Doyle lanzó una exclamación de sorpresa irritada, dejó el atomizador sobre el mármol, y recogiendo su cubo y plumero, salió precipitadamente.

Doyle se dirigió hacia el mueble femenino, y cogió el frágil frasco de cristal donde aparecía en negro y oro la palabra «Nirvana».

—Tengo la impresión que ha debido usted equivocarse de habitación —dijo a sus espaldas mía voz que le hizo el efecto de una melodía a ritmo de vals.

Lentamente, se volvió.

—¿Es usted Mabel Atkins?

—Sí.

La contemplaba, diciéndose que su belleza estaba por encima de todo cuanto pudiera imaginarse.

Intentó recordar si entre las mujeres que hasta entonces había conocido, tan sólo una desafiase de tal modo la imaginación. A todas podía describirlas. Sola mente aquella muchacha, únicamente ella, hacía inútil todo intento de descripción.

—No quisiera parecerle descortés, pero ¿sufre usted de parálisis intermitente?

CAPÍTULO V

«Es embeleso, arrobamiento, flechazo», contestó Doyle mentalmente. Y reponiéndose, volvió a ser el británico correcto.

—Discúlpeme. Me llamo Doyle, Conrad. Nací y resido en Londres.

—Yo también. ¿Cómo está usted?

—Muy preocupado. Verá, señorita... ¿Señorita...?

—Por ahora, sí. Puede llamarme Mabel.

—Gracias, Mabel. Estoy de vacaciones. Unas vacaciones que se han visto trastornadas por unos sucesos rarísimos... Tengo motivos para creer que su preciosa existencia está en peligro.

Aparentemente demasiado cándida para haber notado la turbación que causaba en el extraño visitante, murmuró ella asombrada:

—¿En peligro... de qué?

—Alguien quiere asesinarla. Excúseme si soy brusco, pero usted necesita ser protegida.

—¿Yo, protegida...?

—Es indiscutible. Y puede estar completamente segura que será para mí un gran placer vigilar que no le pase nada. Me encantará no perderla de vista, ahora que ya la conozco.

—Por su aspecto me parece usted normal, aunque algo excéntrico en su modo de presentarse. ¿Pretende de veras que... alguien intenta asesinarme?

—Exactamente. No ofrece la menor duda.

—Pero ¿quién y por qué?

—Por el momento no tengo la menor idea y usted tampoco, supongo.

—No, claro que no. Debe usted equivocarse de persona.

—Vamos, vamos, no nos desanimemos tan pronto. Estoy convencido que si reflexionamos un poco descubriremos de qué se

trata. No negaré que por el momento la cosa está muy confusa. Pero de lo que si estoy persuadido es que usted necesita protección.

—¿Por qué piensa que estoy en peligro?

—Conseguí la información de un hombre que se llamaba Nick. Le conocían más por Old Nick.

—¡Oh, no! —Y su risa cascabeleó alegremente—. No me diga que se trata del simpático viejecito borrachín.

—Veo que le conocía.

—Personalmente, no. Pero he oído hablar de él.

—Veo que ignora lo que le sucedió. Y le sucedió porque sabía que una joven estaba en peligro y porque intentaba salvarla. Ha sido aplastado por un camión, atropellado deliberadamente. Lo asesinaron.

—¡Pobre Old Nick!

No era una compasión insincera. Lo dijo con entonación dulce y triste como el lamento de un violín.

—Como puede juzgar por el resultado, Old Nick sabía de lo que hablaba.

—No sé... Gente como Old Nick están siempre expuestos a un accidente.

—Es posible, pero oiga la segunda parte.

Contó Doyle lo que le pasó en la casucha de la colina.

—Esto resulta una prueba irrefutable, ¿no?

—Quizá, pero indudablemente yo no soy la joven de la que él hablaba... No existe razón alguna.

—No debemos correr el riesgo de eliminar la eventualidad de que sea usted. Nada me quita del seso que usted necesita protección. Una muchacha sola, en un país que no conoce...

—Pero, no estoy sola. Mi hermano vive aquí.

—¿Tiene un hermano?

—En realidad, es mi hermanastro, pero si necesito protección él sabrá dármela perfectamente. De todos modos, le agradezco su buena intención, Conrad.

—¿Me hará caso y no olvidará mi aviso, Mabel?

—Se lo prometo.

—¿Está segura que sabrá defenderla su hermano a medias?

—Segurísima. Después de todo medio hermano es mejor que no tener hermano, ¿verdad?

Sonreía amistosa. Una sonrisa que iluminaba el corazón de Doyle.

—En fin, de veras, celebro mucho haberla conocido. Mabel.

Encontró a Stanley limpiando cuidadosamente su taxímetro, que funcionaba perfectamente. El taxista observó el rostro de su cliente.

—Le noto decepcionado. ¿La belleza rubia no es taba en peligro?

—He decidido olvidarme del caso.

Sacó su bloc y consultó itinerarios.

—Continuaré visitando los alrededores. Iremos primero a la Grata de la Independencia y luego al Pico Negro.

Vio la hoja sobre la que había escrito los nombres de las bellezas en presunto peligro. La arrancó, y estrujándola la tiró al suelo.

Al subir al taxi cerró la puerta con excesiva fuerza.

—Sea misericordioso, señor —imploró Stanley—. Cerrar con fuerza la portezuela de mi taxi es como atizarle una torta a un anciano. Puede tener consecuencias casi fatales.

Al llegar a una plazoleta, el coche tuvo que detenerse. El semáforo marcaba luz roja. La portezuela se abrió.

Una rubia, en minifalda negra y blusa color carne, irrumpió echándose casi encima de Doyle.

Le apartó el brazo izquierdo y se apretó contra su torso. Jadeaba, anhelante.

—Salté casi en marcha del otro taxi. Venía siguiéndote...

—¡Lyn Morgan!

—Ésa soy yo, sí. Y tenías razón —murmuró ella febrilmente—. Mi vida está en peligro. ¡Sálvame! Tengo un pánico feroz.

Doyle se liberó del súbito abrazó de la americana. Escrutó los inmensos ojos pardo-dorados. En su vida había visto unos ojos menos asustados que aquéllos.

Si alguien estaba en peligro, era él.

Pero la chica era preciosa. Y él estaba de vacaciones. Tenía que olvidar todo el asunto tenebroso. Y sobre todo tratar de olvidar a Mabel Atkins.

Le sonrió a Carolyn.

—Es preciso tener valor, muchacha.

—Ya me siento mucho mejor. Vayamos a un lugar donde podamos hablar a fondo.

—¿Un lugar tranquilo?

—Eso es. Por ejemplo, a la Parrilla del Corleone. Tengo hambre.

—Un gran susto produce a veces este efecto —afirmó gravemente Doyle.

—Ése es mi caso. ¡«Yeep», chófer! Al Corleone, pitando. Tengo gazuza.

—A la orden —sonrió Stanley y se detuvo en la esquina siguiente.

Apeándose, pagó Doyle añadiendo una generosa propina. Susurró Stanley:

—Se lleva usted consigo el mejor panorama de toda Sicilia. Hasta pronto, señor Doyle.

Carolyn Morgan se dirigió rectamente a una mesita al fondo de la sala. Su paso suscitaba ojeadas ávidas.

El maestresala preguntó si tomarían el aperitivo.

—Faltaría más... Un cóctel martini seco. Y digo cóctel para que echen unas lágrimas de ginebra.

—Dos cócteles —encargó Doyle—. Bien, ahora veamos tu problema...

—¡«Yeep», camarero! Los cócteles, dobles... ¿Mi problema? Pues que no sé cantar. Tampoco bailo muy bien. Pero eso poco importa. Con moverse a derecha e izquierda, a proa y popa, basta. Ahora bien, cantar ya es otro par de mangas... Cuando se canta como yo por los clubs nocturnos, una no puede permitirse el lujo de darles dolor de muelas a los mirones... ¿Me comprendes, no?

—Comprendo. Bien, y aparte este problema, supongo que tendrás la compensación de un novio...

—¿Novio? ¡No me hables de ese bribonazo! Primero, habíamos quedado en casarnos en París. Luego, me convenció que el sitio ideal era Portofino. Y empezamos a recorrer Italia, porque me dijo que Roma, Florencia y Venecia, valían la pena. De pronto salimos para Milán. Él era trompetista. Y se largó a Transilvania... ¿Dónde está Transilvania? Y mientras, yo esperando a ese canalla.

—¿Hace cuánto tiempo que esperas?

—Hace ya seis meses que no le espero. Tú no fe harías algo semejante a ninguna chica, ¿verdad? ¿Que tal es Londres?

—Dicen que es una de las cuatro o cinco capitales más bonitas del mundo.

—Nunca he estado en Londres. ¿Vives allí?

—Tengo mi piso allí.

—¿Vives con alguien?

—No. Estoy solo.

—¡Qué pena! También tú en plena soledad solitaria. ¿Trabajas en algo que te gusta, por lo menos? En fin... El dinero no lo es todo, pero si opinas que tiene alguna importancia, comparto tu punto de vista. ¿En qué negocios traficas?

—Vendo botones, peines, agujas, hilo, y demás cosas similares.

—Ah, como Betty Hutton y

Sear's...

¿Tienes muchas sucursales?

—Sólo mi maleta. Voy de puerta en puerta.

—No seas guasón, chico... Vaya, ya llegaron los brebajes.

Fue paladeando ella su cóctel estudiando intrigada a Doyle.

Preguntó por fin:

—¿Es que heredaste?

—Hablemos mejor de ti y del peligro...

—¿No serás algún lord o uno de esos nobles de los que abundan por tu país? ¿Todavía quedan algunos no...?

—Hablemos del peligro que te amenaza.

—Felizmente que viniste a advertirme. Tenías razón. Ya no hay seguridad para una muchacha libre. Es para que se ponga la carne de gallina.

—¿Qué pasó?

—Fue exactamente después que te fuiste. Pero si te lo contase no me creerías. Y me horripila que se burlen de mí. Basta que sepas que por un pelo no estás ahora con un cadáver... ¡Ahí viene el hombre que esperábamos! Me muero de gazuza.

Cogió la carta. Anotados los pedidos, el camarero se alejó. En la mesa vecina, una mujer de rostro caballuno movió la mano en dirección a Doyle que alzó una ceja interrogante.

La mujer dijo en voz alta con acento nasal:

—El servicio es infame. Van a esperar horas.

El hombre sentado ante ella con aspecto de comerciante próspero recriminó:

—No es preciso que chilles, mujer.

—Si nos sirviesen así en Rocktown...

—No tan fuerte, Joan, o te van a oír en Rocktown —gruñó el

marido.

Carolyn Morgan encogió los hombros susurrando:

—A veces resultan vulgares los de mi país, recontra.

—Y es que se indigna una ante negligencias casi criminales. ¿No sabes lo que me contó Bárbara Parker, la de Hill City, de Idaho? Ante sus ojos mismos, alguien que estaba en un balcón, y ya sabes, estas macetas tan grandes que casi podría plantarse un árbol en ellas... Pues bien...

El humo de una pipa llegó con su aroma peculiar a las fosas nasales de Doyle, que vibraron al reconocer el olor.

Volvía ya la cabeza para ver si el fumador era inglés, cuando la grotesca parrafada de la americana absorbió toda su atención.

—... Sí, en pleno día. No hace ni media hora. Verdaderamente la hubiesen podido matar. Una joven tan hermosa... Se llama Atkins, pero no es de los Atkins de Boston. Es inglesa. Naturalmente, era un accidente, pero lo que yo digo...

Conrad Doyle se levantó bruscamente.

—¿Qué te ocurre, Doyle? —quiso saber Carolyn.

Dejando unos billetes delante de Carolyn, Doyle salió corriendo del restaurante.

Tardó en hallar un taxi y los cinco minutos del trayecto hasta el hotel Sussex se le antojaron una eternidad.

Arrancó al recepcionista de su estado letárgico.

—¿Está en su habitación Mabel Atkins?

—No, señor.

—¿Dónde está? ¿Lo sabe usted?

El empleado meneó la cabeza negativamente.

—¿Hace mucho que se fue?

—Media hora o tal vez una hora. Un momento... Rubio, de ojos grises, alto, elegante... Y británico. ¿Es usted el señor Conrad Doyle?

Estaba leyendo un papel junto a la centralita.

—¡Soy yo! ¿Es un mensaje para mí?

Tendiendo el papel asintió el recepcionista, manifestando:

—La señorita Atkins telefoneó hace unos minutos.

—Esta escritura no logro descifrarla. ¿Quién la garabateó?

—Yo mismo —anunció el recepcionista con orgullo—. Déjeme. Se lo leeré.

Y engoló el tono con visible placer.

—«Para Conrad Doyle, británico, alto, elegante, rubio, ojos grises. Venga urgente Casa Fosca. Tenía razón. Mabel Atkins».

—¿Dónde está la Casa Fosca?

—Todos los taxistas la conocen.

—¿Está lejos?

—A menos de diez minutos. Una mansión vieja pero con mucho jardín...

Cuando el taxi arrancaba, otro surgió siguiéndole Mirando por el cristal posterior, comprobó Doyle que era Carolyn. Había preferido dejar la comida antes que abandonarle. Lo cual más que halagarle le fastidió.

—Acelere, por favor.

Detrás, el otro taxi también aceleró.

La Casa Fosca era un enorme caserón anticuado. Parecía inhabilitado. Todas las persianas estaban cerradas tras los barrotes que protegían las ventanas.

Los jardines en torno, eran casi selváticos. El conjunto le produjo malestar a Doyle.

Carolyn, pese a los altos tacones de sus sandalias de tirilla tobillera, le alcanzó cuando llegaba al pórtico.

—Escucha, Lyn, es mejor que me esperes en tu hotel...

—Por lo que sea, me gustas y no te suelto. Me despepitan los aristócratas ingleses misteriosos...

—¡Conrad Doyle!

La voz tenía acento italiano. Un hombretón, tejanos y camiseta deportiva, acababa de aparecer en una esquina de la galería. Doyle tuvo la impresión de haber visto ya a aquel individuo que ahora le hacía señales de que se aproximase.

—La señorita Atkins espera. Le llevaré donde está.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Sígame, ¿quiere?

—¿Por qué está ella aquí?

—Porque aquí está en sitio seguro.

Les precedía hasta la entrada de un patio que daba a uno de los lados de la casa. Mantuvo la puerta abierta. Giró Doyle la cabeza para decirle a Carolyn:

—Espérame aquí, ¿eh?

—De acuerdo.

Pero oyó a su espalda el taconeo. Se resignó. Atravesaron una cocina decimonónica y entraron en un vestíbulo donde había una puerta abierta.

El guía pulsó un conmutador junto a la puerta y se apartó para cederles el paso. No había nadie en aquel cuarto.

Doyle se volvió hacia el desconocido. Empuñaba una pipa y dijo:

—Va a venir ahora la señorita Atkins.

—Condúzcame donde está ella.

La puerta se cerró ante las narices de Doyle.

—¡«Yeep»! —exclamó Carolyn asombrada.

El ruido del pestillo exterior resonó en el momento mismo en que Doyle embestía con el hombro. Retrocedió frotándose el hombro dolorido.

Echó un rápido vistazo. El cuarto no poseía ventana alguna, y la única salida era la puerta por la que habían entrado.

La bombilla encima de ellos despedía una débil luz. Se apagó.

—¡«Yeep»! —volvió a exclamar Carolyn.

Doyle pegó la oreja en la puerta. Percibió el rumor de pasos alejándose. Y el de una puerta que se cerraba.

En la oscuridad dijo Carolyn:

—Oye..., ¿qué clase de broma pesada es ésta?

—Me temo que no se trata de ninguna broma.

—Pero ¿qué significa entonces este juego bestia?

—Significa que Mabel Atkins corre peligro de ser asesinada, y que yo... que nosotros dos estamos prisioneros aquí para que nos sea imposible impedir el crimen.

—¿Y... nos van a tener mucho tiempo aquí encerrados?

—Por lo que deduzco, la muerte de Mabel Atkins tendrá que parecer un accidente. Supongo que quieren arreglar las cosas de tal modo que nunca podamos decir lo contrario a la policía.

CAPÍTULO VI

La voz de Carolyn resonaba trémula.

—¿Dónde estás, Conrad?

—Cerca de la puerta.

—Tiéndeme la mano. Tengo tembleque con tantas tinieblas.

—Busco cerillas, pero me temo que no tengo. ¿Y tú?

—Tampoco. Me las dejé en el Corleone. Mira también que fuimos majaderos. Nos van a dejar morir de hambre aquí dentro. Y allá hubiésemos comido maravillosamente. ¿Qué... qué es este ruido?

—Intento derribar la puerta.

—¿Con qué?

—A patadas. Pero es inútil.

—¿Y ahora qué haces?

—Reflexiono.

—Cariño, ¿no podrías reflexionar sosteniéndome una mano?

Doyle cogió la mano. Nunca hubiese creído que una mano pudiera ser tan provocativa. Al cabo de unos instantes, se dio cuenta que sus preocupaciones se orientaban hacia un tema que no tenía la menor relación con la situación presente.

Rechazó la mano y a su dueña con suave firmeza.

Comentó ella:

—Va bien, va bien. Ya cogí la onda.

—¿Cuál onda, muchacha?

—Preferirías de mucho que fuese esa Mabel la que estuviese aquí contigo. Debe ser bonita, ¿no? Ove, ¿cuánto tiempo hace que estamos aquí?

—Dos o tres minutos.

—Me parecen horas. Dicen que en tinieblas se pierde la noción del tiempo. ¡«Yeep»! ¿Qué... son estos susurros?

—Estoy palpando las paredes. Intento ver lo que hay aquí

dentro.

—Bueno, pero si no hablo me volveré más loca de lo que ya estoy normalmente. Si supieras que vas a morir, ¿qué sería lo que más lamentarías, Conrad?

Doyle no contestó. Seguía palpando las paredes.

—Será ridículo pero lo que más lamento es no haber tenido un abrigo de visón. Es cálido, acariciante, da clase... Bueno, de todos modos habré tenido el gustazo de visitar Alasita y Honolulu... Cuando nos encuentren, estaremos horribles... Dos esqueletos. Y eso que yo estoy muy bien formada, dicen los técnicos. Hasta estuve a punto una vez de conseguir una prueba cinematográfica. Oye, por casualidad ¿no andarías tú en negocios de cine?

—¿Qué es lo que te lo hace suponer?

—No lo sé. Tienes pinta de galán de pantalla grande, y modales de alguien importante... ¡Toma! Si se enteran que has desaparecido, organizarán la búsqueda...

—Me extrañaría.

—En cambio yo, nadie se dará cuenta de que he desaparecido. Soy una perfecta anónima...

—¡Lyn! Hay un mueble aquí... Pesa horrores... No logro moverlo, pero hay un espacio entre el mueble y la pared. Y noto una corriente de aire. Puede ser que tapone una abertura.

—¿Dónde estás? Oriéntame.

—Aquí... Ven, tiende la mano. Eso es.

La condujo a una de las extremidades de un enorme mueble macizo y soltándola fue al otro extremo, a tientas.

Dijo ella:

—Nunca llegaremos a mover este trasto ni un milímetro.

—Agárralo lo más alto posible. Trataremos de derribarlo. ¿Preparada?

—A ello. Lista.

Doyle empujó con todas sus fuerzas. Le zumbaron los oídos y en la oscuridad bailaron ante sus ojos luce citas multicolores. Agotado y desanimado se apoyó de espaldas contra la pared.

—Tienes razón, chica. Es inútil. No hay modo de volcarlo.

—Aguarda un poco. Así tan a oscuras me despisté Empujé por el lado contrario, hacia la pared. Y claro, ha de ser en el otro sentido, ¿verdad?

—Caray, así pesaba tanto... Bueno, tengamos calma. Se trata de empujar hacia el suelo, no hacia la pared. ¿Preparada ya?

—¡A la una, a las dos, a las tres!

El mueble se tambaleó, crujiendo algo en su base.

—¡Ojo, Doyle! —chilló Carolyn.

Restalló el chasquido de madera rajándose y retumbó el mueble al desmoronarse contra el suelo. Una nube de polvo se elevó.

Cerrando los ojos, Doyle se dirigió a tientas a lo largo del muro ya libre. Sus manos hallaron la bisagra de una puerta, luego la puerta y por fin las manos de Carolyn.

—Es una puerta —dijo ella—. Pero ¿se abre?

—Un momento. Apártate un poco.

Palpó la madera. Encontró un pestillo. Lo alzó, y abriendo la puerta vio confirmados sus presentimientos.

—Es un armario empotrado.

—Mira qué bien. Ya tenemos dónde guardar nuestros esqueletos.

—¡Hay cuerdas!

—¿Cuerdas? ¿Sogas de ahorcados? ¿Sala de tortura...?

—¡Es un montacargas! Para servicio de cocina a los pisos...

Atrajo hacia él una de las dos cuerdas y oyó encima de su cabeza el chirrido de una polea y el roce de la caja deslizándose a lo largo de una cremallera.

Los ruidos se alejaban hacia arriba. Buscó la otra cuerda. Tiró, y segundos después el montaplato quedó ante él. Palpó Doyle el cajón y lo encontró lo bastante grande para ser, si no confortable, por lo menos útil para su proyecto.

—Lyn... Te instalas aquí dentro y te auparé hasta arriba.

—No trago. ¿Qué habrá allá arriba?

—De acuerdo, de acuerdo. Tú me izas.

—Eso es. Te izo y si arriba no te pasa nada, me llamas.

Doyle se introdujo en la caja, en penosa contorsión. Quedó con las rodillas contra el mentón y los codos adheridos a las costillas.

—¿Encontraste la cuerda, Lyn?

—Sí. Buena suerte. ¡Arriba! ¡Y feliz aterrizaje!

La oyó tomar aliento.

Y la caja rebotó dos metros más abajo. Doyle tuvo la impresión de que sus rodillas le habían arrancado la cabeza.

—Vaya también... —comentó Carolyn—. No era la cuerda para

subir, sino para bajar. ¡«Yeep»! ¿Me oyes? ¿Estás bien?

—Podría estar mucho peor. Venga, arriba, muchacha.

—¡Ya está! Ya agarré la buena.

Después de un brutal despegue, el montaplatos se elevó sin tropiezos. Logró liberar un brazo y dejó arrastrar la mano contra el tabique.

Sus dedos tocaron madera. El panel de una puerta.

—¡Alto, Lyn! ¡Alto, ya llegué!

Pasó la mano por el panel en busca de un pestillo. No había.

Retorciéndose, colocó ambas suelas contra la puerta y empujó con todas sus fuerzas. La puerta se abrió.

Las tinieblas se aclararon en grisalla. Frente a él al otro lado de la sala, podía percibir ventanas ocultas por pesados cortinajes.

Se extirpó de la caja y gritó hacia abajo:

—¡Deja bajar el trasto!

El pequeño ascensor bajó. Y desde abajo gritó Carolyn:

—¿Puedo subir? ¿No hay peligro?

—Saldremos de aquí en un instante.

—Ya estoy dentro. ¡Arriba, gran hombre!

Encontró Doyle la cuerda. La caja se elevó rápidamente unos tres metros y se inmovilizó.

Doyle estiró con fuerza, inútilmente. Llegó la voz femenina, angustiada:

—¡«Yeep»! ¡El cachivache se ha parado! ¿Qué pasa?

—Debe ser una avería.

—Oye, no vayas ahora a correr tras la Atkins dejándome plantada aquí. Recuerda que ahora soy yo, el que está en verdadero peligro.

—¡Sacude la caja! Haz algo.

De nuevo atrajo con fuerza. La caja subió algunos centímetros. Doyle repitió varias veces la maniobra. Bruscamente la caja reanudó su ascensión y llegó a nivel.

—Por fin. Venga, aprisa ahora, Lyn.

Ella no contestaba.

Tendió las manos hacia el montacargas.

Estaba vacío.

Estupefacto, retrocedió lentamente. Aquello era creíble. Una mujer no podía desaparecer entre los tabiques de una jaula de

montacargas. Ni siquiera Lyn Morgan.

En el siglo Veinte, en la era atómica, aquello no podía suceder. Y sin embargo, Lyn Morgan había desaparecido.

Dando media vuelta atravesó la estancia vacía, poblada solamente de telarañas. Empujó los pesados batientes de una puerta rechinante.

Estaba en un rellano, y a tientas, evitando hacer ruido fue bajando cautelosamente los peldaños.

Aquella casa, súbitamente, se había convertido en un lugar horrendo. El dominio del miedo. Ahora comprendía el porqué estaba totalmente desierta.

Sus habitantes no la habían abandonado por motivos económicos. Habían huido aullando de terror.

Llegaba al pie de la escalera, cuando oyó un rumor cerca de él. Unos pasos sofocados deslizándose por el nielo desnudo.

Unos pasos que Doyle nunca había oído. Pasos que no tenían nada de humano. Un pie chapoteaba como un bofetón sobre un trapo húmedo. El otro chirriaba en una especie de arrastramiento infrahumano.

Se iban acercando.

Doyle agradeció febrilmente a la Providencia que la oscuridad le impidiese ver...

Una voz aguda, de ultratumba, una voz quejumbrosa de espíritu errante, susurró:

—Conrad Doyle...

El espectro sabía su identidad.

Los pasos se aproximaron más.

—¿Dónde estás, Conrad Doyle? Te imploro...

—¡Lyn!

Carolyn Morgan lanzó un chillido asustado, casi junto al oído de Doyle.

—¡Tranquila, calma, Lyn! Todo va bien. Pero, diantres, ¿por qué caminabas de este modo infecto?

—Por culpa del montacomidas. Se me durmieron los pies. Tengo columnas de hormigas por todas las piernas. —¿Dónde desapareciste?

—Encontré una puerta.

—Ahora comprendo... Te apeaste en este piso. Yo saqué la mano

después, y por eso fui a parar al segundo...

—¡Salgamos... pronto, pitando, hombre!

El siguiente tramo de escaleras lo bajaron apresuradamente.

El gran portalón estaba entreabierto.

Y se encontraron a pleno sol.

—Mabel no está aquí. El aviso fue un truco para apartarme...

—Yo me aparto ahora mismo. Adiós. Es demasiado peligroso ir en tu compañía.

Carolyn Morgan encontró prontamente un taxi. Doyle tuvo la impresión de que ella ya no volvería a buscarle.

Poco después un taxi le dejaba ante el hotel Sussex. Cuando entraba precipitadamente en el vestíbulo oyó a un botones canturreando en sonsonete:

—¡Señor Conrad Doyle...! ¡Señor Doyle...!

—¡Soy yo!

—Le llaman al teléfono.

CAPÍTULO VII

Siguiendo al botones hacia la cabina telefónica, Doyle se preguntaba qué nueva trampa estaban preparándole.

Cogió el aparato con desconfianza, y sin saber bien la razón, disfrazó el tono de su voz:

—Dígame, ¿quién es?

Nadie contestaba.

—Oiga, diga, pero ¿quién es?

—¡Ah, es usted, Conrad!

La voz femenina era como un canto de ruiseñores.

—¡Mabel! ¿Estás bien, del todo bien?

—Hasta ahora, sí.

—Entonces, ¿ya sabes, ya has comprendido?

—Tenías razón, Conrad. Intentan..., intentan matarme.

—¿Dónde estás?

—En mi cuarto.

—Entonces, ¡subo al instante!

—¡No! Precisamente es por esto mismo que te telefono. Para impedir que subas. Te he visto desde mi ventana bajar del taxi.

—¿Tu cuarto está vigilado?

—Sí, pero todo va bien, y puedo salir sin ser vista.

—Mabel, es preciso que avises a la policía.

—Lo haré, pero primero es necesario que te vea, que hable contigo.

—Muy bien. Pero ¿dónde?

—Al fondo de la plaza de la Fuente, en el parque Marino. ¿Conoces el sitio?

—Y tanto.

—Coge un taxi y espérame. No lo despidas. A lo mejor lo necesitaremos.

—De acuerdo. ¿Vendrás a pie?

—Todavía no lo sé. Es posible que consiga un descapotable «Triumph»... Espérame. No puedo hablarte más, pero te estoy muy agradecida. Hasta ahora, Conrad.

Ella colgó.

El botones había permanecido junto a la cabina.

Doyle le entregó un billete, le dio una palmada y afirmó que honraba su uniforme.

Dirigiéndose hacia la salida estaba dispuesto a no dejarse sorprender nuevamente.

Un taxi merodeaba a lo largo de la acera. Stanley vino a detenerse ante Doyle.

—Siempre a su disposición.

—Lléveme a la plaza de la Fuente. Al fondo.

—Celebro verle de tan buen humor. ¿Es que al fin Mabel Atkins estaría realmente en peligro?

—Es indiscutible. Ella misma acaba de reconocerlo. Va a venir dentro de unos instantes. Dé otra vuelta a la plaza y nos pararemos ante aquella zapatería.

—A la orden, jefe.

Al salir del taxi se adosó Doyle a la carrocería. Era la hora tranquila de la siesta. Hasta los chorros de agua de la fuente parecían soñolientos.

Divisó el descapotable color guinda, con forma de escualo, que avanzaba con cierta rapidez.

En medio de la quietud de la plaza antigua, el bólido tenía algo de inquietante.

Sola al volante, cabellos rubios al viento, estaba Mabel Atkins.

Cuando el «Triumph» pasó a unos treinta metros de Doyle, Mabel volvió un instante la cabeza en su dirección. Como si quisiera transmitirle un mensaje sin que otros pudieran verlo.

Inclinó ella la cabeza de un modo casi imperceptible. El significado era elocuente. «Sígueme».

Y el bólido guinda desapareció por una transversal.

Saltó Doyle al interior del taxi:

—¡Sígala! ¡El «Triumph» guinda!

—¿El qué... guinda?

—¡Aquel descapotable, allá...! ¡Rápido!

Varios coches habían tomado la misma dirección que el

«Triumph». Uno de ellos podía seguir a Mabel. Y él no tenía medio alguno que le permitiese adivinarlo.

Tras el viraje a la izquierda, percibieron el «Triumph» al extremo de la calle. Les separaban solamente dos coches. Al viraje siguiente únicamente un coche seguía al descapotable.

Cuando el taxi empezaba a ganar terreno, un camión surgió de una fila estacionada obligándoles a aminorar la marcha.

—La bocina —apremió Doyle.

—¿La bocina? No sé si funciona.

Stanley presionó la bocina en medio del volante. No emitió ningún ruido.

—Debe estar averiada. ¿Tiene un cortaplumas, jefe?

—¡Pruebe otra vez, hombre!

Stanley golpeó el claxon con el puño. El mecanismo se soltó lanzando un poderoso mugido interminable.

Stanley prodigó los puñetazos sobre el claxon. Sin lograr acallar el mugido ensordecedor.

—¡Siga! —vociferó Doyle.

Por encima del hombro bramó Stanley:

—¡Se estropeó la bocina! ¡Si tuviera un cortaplumas...!

La sirena enmudeció.

Pisó Stanley a fondo, adelantando al camión. El coche guinda seguía visible, pero demasiado lejos para gusto de Doyle.

Había salido de la ciudad tomando una carretera que a través de olivares conducía hacia la montaña.

En aquel momento comprobó Doyle algo que le inquietó.

—¡Mire su nivel! Ya no tiene casi gasolina.

—El depósito está lleno. Lo que pasa es que el nivel está cascado. No se preocupe. Llegaremos.

Ascendían ahora una cuesta en la ladera de la montaña. Entre Mabel y ellos ya no había ningún coche. Sin embargo, ella continuaba avanzando.

Pero vio Doyle que Mabel aminoraba para permitir al taxi acortar distancias.

Surgió un camión bajando un viraje de la estrecha carretera de montaña. Stanley engarzó una letanía de imprecaciones mientras efectuaba varias maniobras para evitar el choque, el roce, y poder proseguir.

Llegaron a un llano. El «Triumph» penetraba en un túnel. Cuando el taxi salía del túnel, el «Triumph» había desaparecido. La carretera ahora bajaba en línea recta. El taxi adquirió una gran velocidad.

Al tomar el viraje, empleó Stanley los frenos de pie y mano. Tratando a la vez de controlar la dirección para evitar un montón de cristales rojos que destellaban.

Doyle oyó una leve explosión.

El taxi se detuvo gimiendo lastimosamente.

Salió Doyle del coche.

Bajo el neumático posterior pinchado, manaba un líquido rojizo oscuro que había formado ya un charco en la cuneta.

Stanley estaba inclinado sobre el charco. Olfateó.

—Un maldito camión dejó caer una garrafa de «grappa» y licor de mora.

—Espero que tendrá usted rueda de recambio.

—Voy a ver, aunque seguro, seguro, sólo sé que goma nueva sí que tengo una.

—Dese prisa. Mientras, quizá pueda seguir viéndola desde lo alto de aquel torreón.

Corrió Doyle hacia las ruinas de una atalaya mu risca, subió por una escalera en espiral y llegó a las almenas.

Enfocando sus miniprismáticos divisó la mancha guinda del «Triumph» ascendiendo a la salida de una blanca aldea.

Recorrió un centenar de metros penetrando en un camino que desembocaba en una posada. Una posada extensa, de aspecto próspero.

Ajustando más los lentes pudo leer:

Albergo Renata.

El «Triumph» se detuvo ante la rosada, y Mabel se apeó. Un botones con una chaquetilla de un verde rabioso subía al coche llevándoselo tras el edificio principal, mientras Mabel desaparecía al interior.

Dejando colgar sus prismáticos, se acarició Doyle, pensativo, la nuca.

No lograba comprender por qué Mabel había cambiado de idea y no le aguardaba.

Miró hacia el taxi. La rueda posterior reposaba sobre el gato,

pero Stanley estaba invisible.

De nuevo, para localizar bien su situación, observó Doyle la posada.

Restalló un escopetazo.

Muy cerca de Doyle un pedazo de antiquísima mampostería voló en pedazos.

CAPÍTULO VIII

Conrad Doyle se agazapó al abrigo del muro. Pero se confundió sobre la dirección del disparo.

Otra bala vino a aplastarse justo encima de su cabeza.

Brincó hacia la escalera, bajando los peldaños de cuatro en cuatro.

Doblado hacia adelante, resoplando fragoroso, franqueó un espacio descubierto que se le antojó interminable, hasta zambullirse en una plantación de alfalfa.

Entre los verdes tallos ondulaban graciosamente a la brisa de la tarde unas esbeltas amapolas.

El eco de los disparos había cesado.

Pero tenía la certeza de que el tirador estaba enfocando su punto de mira hacia el prado sembrado.

Empleando la táctica popularizada por el cine, usualmente practicada por comandos y pieles rojas, se movilizó sobre codos y rodillas. Hasta que su cabeza trabó contacto con un murete de piedra tosca.

Distaba ya poco de uno de los techos de la accidentada carretera.

Oyó rumor de voces. Y comprendió por qué el tirador no había persistido en su propósito.

A la sombra de un autocar de excursiones, había un grupo de turistas anglosajones.

Acababan de llegar no hacía mucho, porque el guía les estaba elogiando la calidad legítima garantizada de antigüedad de la atalaya.

—... Desde cuyas almenas los piratas bereberes acechaban el paso de galeones por el estrecho de Messina...

Una turista con aspecto de profesora, intervino:

—Estos disparos que oímos, ¿está seguro que eran obra de un

cazador, joven?

—Totalmente seguro, señora. Ya nadie emplea escopetas por estos contornos más que para cazar. Ya no hay Giulianos.

Conrad Doyle fue bajando la ladera, sacudiéndose el polvo, y procurando recobrar cuanto antes su muy sacudida flema británica.

Encontró a Stanley dando el último toque a su tarea. El neumático fuera de uso yacía a su lado.

Doyle paseó las yemas por el interior de la goma. Cuando sacó la mano, una bala reposaba en el hueco de su palma.

—Calibre grueso. Indudablemente procede de la misma escopeta que me estuvo silueteando el perfil.

Arqueando las cejas, miró primero Stanley la bala, y luego con cierta compasión a su joven cliente.

—No debe dejar galopar la imaginación, jefe. Sería algún inofensivo cazador.

—Bizco.

—¿Por qué bizco?

—Su primer pepinillo lo hincó a un metro de mi codo. El segundo a medio palmo de mi cabellera.

—Pasaría algún pajarraco cerca, y no se puede ser tan exigente como para querer que los cazadores disparen estilo Billy the Kid.

—Vámonos. Ya sé dónde encontrar a Mabel.

A la entrada del camino, una pancarta con flechas les señaló que llegaban al albergue Renata.

Era mucho mayor de lo que Doyle había supuesto desde lo alto del torreón. La tapia contorneaba la cima de la colina.

Stanley detuvo el taxi en el patio de la posada y Doyle se precipitó hacia la recepción.

El vestíbulo parecía un museo de armas. Las paredes estaban recubiertas de panoplias con toda clase de armas de fuego. Especialmente escopetas. De todos los calibres y épocas.

No había nadie a la vista. Avanzó hasta el mostrador del pequeño despacho, sobre el cual se hallaba abierto el libro del registro de entradas.

Echó un vistazo. Con la fecha del día solamente figuraba una cliente. Señorita Myrna Arlington, procedencia Londres, alojándose en una dependencia de la posada, el *bungalow* Mimosa.

No figuraba nadie más, recientemente ingresado.

Doyle se dirigió a una escalera monumental al otro extremo del vestíbulo. Le llegó a los oídos un zumbido de voces.

Las voces llegaban por un pequeño corredor abovedado que recorrió Doyle hasta hallarse en un jardincito. Unos peldaños le llevaron a la altura de una vasta explanada donde reinaba una gran animación.

Aquella explanada terminaba al borde de un abismo dominando un valle a cuyo final se elevaban montañas áridas. A la luz del ocaso el panorama era grandioso.

Pero en aquel lugar de diversión, la gente se desentendía totalmente de una puesta de sol.

Un guapo sujeto de cabellos grises jugaba al badmington contra dos vigorosas suecas.

En otra pista se desarrollaba un indolente partido de tenis, doble mixto. Un bar, amparado bajo un tejadillo de juncos, dominaba una gran terraza donde la clientela instalada en mesas, jugaban a las cartas, leían, escribían... y bebían con persistente constancia.

Cuatro *bungalows* ocupaban la extremidad de la explanada. Sobre placas fijadas en las fachadas de estuco, descifró Doyle sus nombres: Atalaya, Mirador, Buganvilla... y el cuarto, Mimosa.

Regresó Doyle al taxi.

Preguntó Stanley:

—¿No la encontró?

—Está aquí. Alquiló un *bungalow*.

—¿La vio ya?

—No, pero eché un vistazo al registro. La única persona que llegó hoy es Myrna Arlington; resulta muy convincente, ¿no es cierto? Un nombre que suena justamente bien.

—No acabo de entenderle, jefe.

—Es evidente, Stan. Dadas las circunstancias, Mabel no puede dar su verdadera identidad. Sería demasiado peligroso para ella. Está aquí de incógnito. Y cuando le hablemos...

—¿Voy a hablarle yo?

—Podría suceder. Debemos recordar que tendremos que emplear estos nombres. No lo olvide, viejo. Myrna Arlington.

—Myrna... Arlington... Como usted mande.

—Ahora le sugiero que aparque su taxi allá abajo, morro hacia el descenso y la ciudad. Podría darse el caso que tuviéramos que

escapar a todo gas. Regrese, Stan. Iremos a hacer una descubierta, en reconocimiento del terreno hasta el *bungalow* Mimosa dando un rodeo por detrás.

Mientras Stanley ejecutaba la maniobra, Doyle vio llegar un *jeep* «Comando» amarillo que fue a detenerse ante la entrada principal.

En las portezuelas podía leerse: Albergó Renata.

El conductor se quitó la pipa de la boca, la dejó en un hueco del panel de mandos y se apeó.

Robusto, de rojizos cabellos cortados en cepillo, aunque hubiese cumplido los treinta, su rostro redondo, aniñado, le hacía parecer muy joven.

Entró rápidamente en la posada.

Stanley vino a reunirse con Doyle.

—Escuche, jefe, yo nunca he ido en descubierta de reconocimiento. Tal vez sería mejor...

—Nada de rajarse ahora, Stan. Le considero como un amigo ayudante. Puede serme muy eficaz su ayuda.

—No recuerdo nunca haber sido una ayuda muy eficaz.

—Sígame, Stan.

Detrás de los *bungalows*, la vertiente abrupta resultó ser un verdadero abismo.

Doyle iba caminando por el estrecho paso bordeando el vacío mortal. Mirando por encima del hombro vio que Stanley se desplazaba a velocidad de caracol.

—¡Dese prisa, hombre!

Señalando hacia abajo, masculló Stanley:

—Lo veo muy profundo, ¿usted no?

Miró Doyle hacia abajo. Y cerró un instante los ojos. El pastor guardando un rebaño de ovejas, parecía un soldadito de plomo pastoreando una manada de hormigas.

—Procure no mirar hacia abajo, sino al frente, Stan. Llegaron a la parte posterior del *bungalow* Mimosa. Un balcón con puerta-cristalera estaba colgando sobre el precipicio.

Intentar ascender hubiera sido tan peligroso como demencial.

Buscó Doyle otro acceso, sin hallarlo.

Dio media vuelta con sumo cuidado.

—Vamos a beber algo en el patio... Ya vendrá ella. Doyle pidió un café con leche. Stanley un café «con gotas». Se habían instalado

en una mesa cercana al bar, desde donde podían observar todo el patio explanada.

Las partidas de cartas continuaban. Una mujer leía una carta a su esposo que dormitaba. Otras mesas estaban ocupadas por gente que se limitaba a reposar, bebiendo.

El partido de badmington cesó. El *play-boy* de cabellos grises y leoninos besó a cada una de las suecas en la frente, y se dirigió a solas al bar instalándose en un escabel.

Una jovencita lánguida vistiendo túnica rosa y coturnos griegos pasó junto al *play-boy* cuarentón acariciándole la mejilla en roce de labios.

Su voz era ronca, alcoholizada, desentonando con su aspecto de adolescente griega. Habló en italiano:

—Cada crepúsculo me gustas más, Vulpone.

Se alejó lánguida y altiva. Vulpone sonrió divertido.

Murmuró Doy le:

—¿Conoce a ese Vulpone?

—Sí. Nativo romano, estuvo algunos años por Yanquilandia. Las autoridades le invitaron a largarse. Tiene fama de enloquecer aún más a las locas turistas.

El personaje jovial de cabellos rojizos en cepillo se acercó al bar. Interpeló al camarero en inglés:

—¡Bruno! Prepara un «Pájaro azul» para la señorita Myrna Arlington. No tardará en venir.

El jovial pelirrojo demostraba de modo evidente que era el propietario del Albergó Renata.

—¡Bruno! Sirve una ronda general, a cuenta de la casa.

Y se dirigió hacia el seductor italo-yanqui sentándose en un escabel a su lado.

—¿Qué tal se dieron hoy las ninfas, Vulpo?

—Hoy es mi día de descanso. Estás de muy buen humor, Bertram.

—Encontré una hermosa escopeta de bandido legítimo.

El camarero mezclaba en un vaso leche y pippermint. Trajo el «Pájaro azul» destinado a Myrna Arlington a una mesa cercana a la ocupada por Doyle.

Una joven atravesaba el patio. Alta y esbelta, su cuerpo le habría valido un contrato de cine, a no ser por la expresión de su rostro.

Tan acogedor como una cancela de presidio, y tan cálido y alegre como una mesa de mármol de Morgue Sentándose, se apoderó del *Pájaro azul*.

Incapaz de dominarse, Doyle brincó de su silla.

—¡Por favor, no lo toque!

Ella alzó hacia él una mirada de irritado asombro:

—¿Qué dice usted?

Su acento era tan glacial como británico.

—Disculpe, pero este vaso no es para usted.

—¡Bertram! —llamó la joven.

—Ha de saber —proseguía Doyle— que esta bebida ha sido solicitada por otra persona.

El pelirrojo Bertram tocó levemente en el hombro a Doyle.

—¿Pasa algo? —preguntó benévolo.

—Explíquéis a esta joven que el «Pájaro azul» está destinado a la señorita Arlington... Myrna Arlington. Riendo, afirmó Bertram:

—Lo intentaré.

Myrna Arlington frunció el ceño severamente:

—Le ruego, Bertram, que se deje de bromas y dígle a ese... desconocido que se meta en sus asuntos.

—De acuerdo, de acuerdo, Myrna. Ya la oyó, amigo. Deje a la señorita Arlington beberse su...

—Pero ¡oiga! Ella no es Myrna Arlington. ¡Es imposible!

—¿Que no soy Myrna Arlington? ¿Está usted loco o qué?

—Me consta que usted no es Myrna. Y será fácil demostrarlo. ¿Quiere enseñarme su pasaporte?

—¡Claro que no quiero! ¡Bertram! ¿Se va usted a quedar plantado, ahí, sin intervenir?

Bertram ya no tenía nada de jovial.

—Oiga, amigo, ¿no estará usted algo chispa? ¿Qué lío se trae? Hace ya años que conozco a Myrna.

Se volvió hacia Stanley.

—¿Qué le pasa a su amigo, Stan?

—Es mi cliente y sólo ha tomado café con leche.

—Usted lo trajo, ¿no? Pues lléveselo.

En voz baja suplicó Stanley.

—Vámonos, jefe.

Conrad Doyle, perplejo, siguió al taxista sin replicar.

Necesitaba reponerse del asombro. Necesitaba reflexionar, ya que el misterio iba complicándose demasiado.

CAPÍTULO IX

Stanley mantuvo la portezuela abierta.

Pero fue un gesto inútil.

Doyle le volvía la espalda y observaba el Albergó Renata con gran atención. Y saliendo de su estupor, abombó el torso, reanimado por una nueva determinación.

Rápidamente, en tono lastimero, dijo Stanley:

—Sea razonable, jefe, y admita que se equivocó...

—Está aquí.

Y con largas zancadas nuevamente se dirigió Doyle a la posada. En el vestíbulo, tras el mostrador, se bailaba ahora una mujer morena de tez blanquísima.

Su encanto de odalisca debía hacer soñar a muchos adolescentes. Alzó los ojos de su libro de cuentas, miró a Doyle, y le dirigió una sonrisa profesional.

—Tal vez pueda usted ayudarme, señora. ¿Habla inglés?

—Llevo cinco años casada con un inglés. Me llamo Renata. ¿En qué puedo serle útil?

—Tenía que encontrarme aquí con una amiga y no consigo encontrarla.

—¿Cómo se llama ella?

—El problema es que la conocí ayer en una recepción... Convinimos encontrarnos aquí hoy. En cuanto a su nombre, no logré entenderlo bien. Era una fiesta algo ruidosa... a bordo de un yate, ¿comprende? Quizá pueda describírsela.

—Usted dirá.

—Es una joven de una belleza resplandeciente. De cabello rubio como el sol... Creo que es eso, exactamente: una muchacha rubia magníficamente bonita. ¿La ha visto?

—No.

—Es inglesa. Conducía un «Triumph» descapotable.

—No, no está aquí.

—Quizá llegó sin que usted se enterase, señora.

—Es imposible.

—¿Podría hablar con su botones?

Renata alzó sus pesados párpados. Se acentuó la expresión vacuna de sus grandes ojos.

—¿Mi botones?

—Sí. El joven que ayuda a llevar equipajes y aparcar caches.

—Aquí no hay botones.

—Sin embargo, yo vi un botones con una chaquetilla verde...

—Mi marido ve a veces elefantes con bombín y lacito rosa.

—Le aseguro que estoy sobrio.

—Entonces se equivocó de posada.

—Es posible. Pero si me lo permite quisiera comprobarlo personalmente.

—Bien venido. Pero créame, está perdiendo el tiempo.

—Me sobra. Estoy de vacaciones.

Doyle fue a llamar a las puertas de los cuatro *bungalows*. Nadie contestó.

Desanimado se puso a caminar sin meta por la explanada, sin saber qué hacer. De pronto avistó, en el bar, solo, al italoamericano Vulpone. Se aproximó.

—Disculpe. ¿Podría darme una información?

—A su servicio. ¿De qué se trata?

—¿No ha visto por aquí a una muchacha inglesa, preciosa, muy rubia, muy angelical?

—¡Ojalá! No, no la he visto —dijo tristemente Vulpone.

—¿Está absolutamente seguro?

—Si hubiese por el sector una jovencita tan despampanante le aseguro que sería el primero en saberlo.

El camarero Bruno colocó un vaso ante Vulpone.

—Su jerez con coñac, *gin* y cerveza, en vez de vermut, tal como lo pidió. ¿Correcto, señor?

—Sí, gracias.

—Otra pregunta, señor, y perdone. ¿No hay aquí un botones... con chaquetilla verde?

—Si lo hay, ha tenido el buen gusto de no asomarse aún.

Doyle ya no escuchaba.

Reflexionaba en algo que acababa de oír poco antes.

«Jerez con coñac, *gin*, y cerveza en vez de vermut...».

Esto le recordaba algo.

Lo había escuchado en algún lugar...

La víspera. En el bar donde debía encontrarse con Old Nick. Un individuo alto, fornido, con chaquetón de pana, un sombrero de lona sucia, tejano.

Maclain le había llamado Boni.

Boni había pedido aquella misma mixtura y la había transportado en dos vasos a un reservado al fondo del local, a alguien que Doyle no había podido ver.

Había poca gente capaz de beber una mezcla tan explosiva.

Podía ser que el hombre de crines grises a cuyo lado se hallaba ahora, fuese el que la víspera se hallaba en el compartimiento...

Y Boni era el bandido que lo había encerrado en Casa Fosca con Lyn. Dos cómplices. Uno de ellos estaba allí a su lado.

Si estaba allí, significaba que también estaba allí Mabel y que él, Vulpone, la acechaba para liquidarla a la menor oportunidad.

Vulpone le estaba acechando ahora, de soslayo.

Doyle decidió que debía encontrar como fuese a Mabel. Era ya algo urgente. Tenía que advertirla que había elegido un mal escondite, que no había logrado escapar a sus perseguidores.

Vulpone miró abiertamente a Doyle con una sonrisa ambigua, brillante la mirada de curiosidad y recelo.

Extrajo una pipa de su bolsillo y empezó a rellenarla.

—Permítame ofrecerle una copa, joven.

—La acepto con placer. Le diré al taxista que no me espere y regreso.

Con deliberada lentitud atravesó Doyle el terreno de juego y bajó los peldaños que conducían al jardíncito, para entrar en el pasillo abovedado.

Ya dentro, echó a correr. Tenía que explorar las habitaciones. Estaba subiendo los primeros peldaños, cuando una voz bramó.

—¡Eh, usted! ¿Dónde cree que va?

Bertram, el jovial, inclinado sobre la rampa, le echaba una mirada furibunda desde arriba.

Repitió, mientras bajaba:

—¿Dónde cree que va?

—A ningún sitio.

—¿Qué significa todo ese tejemaneje? No ha arrullado habitación que yo sepa. Nada tiene que hacer allí arriba.

—Exacto.

—Yo creo que está usted chiflado, amigo. ¡Lárguese o llamaré a la policía! Telefoneo a la policía si no se ha largado antes de dos minutos. Usted y su compinche que nos está vigilando.

Volviendo la cabeza, vio Doyle en la entrada a Stanley que le contemplaba con aire afectuosamente aportado.

Una voz ronca llamó:

—¡Atkins! Le llaman al bar.

Giró Doyle al otro lado. Bajo la bóveda se hallaba Ború Llevaba nuevamente su chaquetón de pana, y un sucio sombrero de lona.

Estaba Doyle tan asombrado de volverle a ver que le fue preciso unos segundos para captar el sentido de lo que acababa de oír.

Murmuró:

—Atkins... Atkins...

Miró fijamente a Bertram.

—No, no es posible.

—¿Qué es lo que no es posible? —preguntó el pelirrojo.

—Mabel Atkins, ¿sería entonces su hermana?

—No sería, sino que es.

—Pero entonces eso no es posible...

—¡Señor Doyle! —exclamó Stanley—. Por favor, no empiece de nuevo con sus imposibilidades tan evidentemente posibles.

Agresivo, comentó Bertram Atkins:

—Entonces, según usted, Doyle, yo no sabría si tengo o no, una hermana. Le falta un tornillo, viejo.

Se esforzó Doyle en ser amable.

—La conocí hace poco y tengo gran empeño en volverla a ver.

—¡No le dejaré aproximarse a mi hermana ni a un kilómetro de distancia! Ande, márchese sin más complicaciones, ¿quiere?

Calculó Doyle mentalmente que era mejor disimular.

—Buenas noches, Atkins.

—Procure que lo sean también para usted, Doyle.

Mientras se dirigía hacia la salida acompañado por Stanley pensó Doyle que tenía que liberarse de los interrogantes que le estaban dando vértigo.

¿Mabel estaba allí o le habían engañado sus prismáticos?

¿La presencia de Boni y Vulpone era puramente casual?

¿Las negativas de Bertram Atkins, hermanastro, eran sinceras y se debían a la ignorancia de que su hermanastra estuviera escondida?

¿Y aquel tintineo exasperante que le zumbaba en los oídos era el mosconeo incipiente de la locura?

Era el tintineo del taxímetro de Stan Stanley.

Doyle contorneó el taxi seguido por Stanley. Contorneó la casa, y al claro de luna vio una hilera de compartimentos. Empujó una puerta. Era un garaje. Había un *jeep* «Comando» amarillo.

Empujó otra. Había un «Triumph» descapotable color guinda.

—¿Conque no, eh? Sin duda alguna, escondieron aquí el coche para que nosotros no lo viésemos.

—Para que no lo viese usted, jefe. Yo, manco y ciego.

—Mabel está aquí. En cuanto a su hermano Bertram y su esposa Renata... y los dos bandidos, están todos en el golpe... La tienen secuestrada. Tenemos que avisar a la policía.

—Tiene usted que avisar a la policía, si así lo desea. Este asunto rebasa mi trabajo.

—Parece que no comprende, Stan. Su vida está en peligro, Stan. La suya, la mía. Nuestras vidas están en peligro.

—La suya, jefe. Y del modo en que se ha embalado, lo veo en globo...

Doyle ya no le escuchaba.

Renata acababa de pasar bajo una arcada, llevando una bandeja recubierta con una servilleta.

Se dirigía hacia los *bungalows*. Pasó ante la fachada del primero. Subió a la galería del segundo.

Asegurando la bandeja sobre su antebrazo izquierdo, llamó a la puerta con la diestra ahora libre.

Una luz se encendió en una de las ventanas de la fachada del segundo *bungalow*.

Y la puerta se abrió.

Una fascinante muchacha rubia cogió la bandeja. Era Mabel Atkins.

CAPÍTULO X

Para escalar el balcón posterior del *bungalow*, necesitaba una completa libertad de movimientos. Había confiado su «Minolta» y prismáticos a Stanley.

Indicándole le aguardase al amparo de la arboleda con el taxi listo para una posible salida rápida.

La segunda maniobra había sido la más difícil. Deslizarse sin ser visto. Aprovechando los momentos en que la luna jugaba al escondite con algunas nubecillas rojizas.

Franqueó el murete que le separaba de la estrecha cornisa. Avanzó entre pared y abismo con una temeridad de sonámbulo.

Escalar el balcón del segundo *bungalow* le resultó fácil. Los dos primeros tenían sus triángulos de soporte a la altura de manos.

Dentro del *bungalow* reinaba una completa oscuridad. Bajo el claro de luna, la puerta cristalera semejaba un espejo.

Mientras Doyle, adherido a la pared, se dirigía al batiente más cercano, apercibió lo que en un principio creyó que era su propio reflejo: otra silueta raseando la pared.

Ejecutando gesto por gesto la misma maniobra que Doyle, la silueta extendió la mano hacia la manija del batiente más próximo.

Pero efectuaba aquellas maniobras a una distancia de unos cinco pasos.

Doyle abrió bruscamente la cristalera y saltó al interior. Imitado en todo por su rival.

Se encontraron en un *living* a oscuras.

Un objeto voluminoso pasó silbando por encima de la cabeza de Doyle. Acogió a pie firme el ataque de la silueta hostil.

Luchaban en silencio, forcejeando. El combate les llevaba a uno y otro lado de la sala. Los azares del mudo forcejeo les condujeron a un dormitorio.

En la penumbra a la que iba acostumbrándose, percibió Doyle a

Mabel, temerosamente encogida en la cabecera de la cama, maravillosamente fascinadora en una blusa de calipso.

Aquella visión duplicó su fuerza. Catapultó a su adversario contra una cómoda. El hombre apoyó una mano sobre la repisa. Un objeto voló hacia el rostro de Doyle que se agachó.

Hubo un rumor de cristales rotos y una lluvia de sales de baño esparcieron el aroma embriagador de gardenias Yardley.

Se empuñaron nuevamente por el cuello y esta vez le tocó a Doyle salir proyectado hacia la cómoda. Sus dedos se cerraron en torno a un frasco.

Pero el otro tenía también buenos reflejos. El frasco restalló contra la pared, y el exquisito perfume de «Nirvana» invadió la alcoba.

Fue entonces cuando Doyle vio a su contrincante enarbolar una silla por encima de su cabeza y acudir a paso de carga.

Con mano frenética se apoderó Doyle de una pesada caja de talco. La lanzó con fuerza en el momento en que la silla iniciaba el descenso.

Golpeado en plena frente, el enemigo se derrumbó soltando la silla y encogiéndose por el suelo en medio de un suave y delicado olor de lavanda.

—Conrad... —gimió Mabel.

—Mabel... ¿Estás bien?

—Sí. Pero ¿y tú? ¿Estás herido?

—Ni rasguño... Algo jadeante, pero es bueno para la circulación sanguínea. ¿No hay luz aquí?

Mabel encendió la pantalla.

Doyle echó una ojeada a su enemigo caído para asegurarse que no se movía. Pero se le antojó que estaba demasiado inmóvil.

Angustiada, indagó Mabel:

—¿Está... está muerto?

—Un bote de talco no mata a nadie. Respira. ¿Le conoces?

—Nunca lo he visto.

—A mí me parece haberle visto no sé dónde...

Doyle fue registrando al tendido. Halló primero una pipa. Luego una bolsa de tabaco. De otro bolsillo extrajo una automática.

Se guardó pipa y bolsín en un bolsillo para poder comprobar si el arma estaba cargada. Lo estaba.

Con tono siniestro le dijo a Mabel.

—Supongo que ahora ya no tendrás la menor duda de que tu vida está en peligro, muchacha.

—Ahora ya lo veo... Ya lo sé...

—¿Por qué no te paraste en la plaza de la Fuente?

—Me seguían. Y pensé que si podía llegar aquí, en casa de mi hermano Bertram... ¡Ojo, vuelve en sí!

Mostraba, tendido el brazo, al hombre extendido en el suelo.

—No hay cuidado, Mabel. Le vigilo.

Y encañonándole con la pistola, observó al desconocido que pugnaba por sentarse, parpadeando como un búho ciego.

Un hombre muy rubio, de tez roja y ojos muy claros. Bien vestido. Cara de intelectual escéptico.

La mirada del individuo aún turbia, se fijó en Mabel.

—¿Es usted Mabel Atkins?

—¡Venga, hombre! ¡Como si no lo supieras! —atajó Doyle sarcástico.

—No, no lo sabía. Y aún no estoy seguro...

Miraba por el suelo, en su rededor, parpadeando, avanzando la mano.

—¡Quieto o te fulmino, bribón! —amenazó Doyle.

—Mis lentes, ¿dónde están mis lentes?

Las vio Doyle en un rincón y fue a recogerlas sin dejar de apuntar al desconocido.

—Toma tus lentes, granuja.

El joven de roja tez se caló las lentes azules.

Y Doyle exclamó atónito:

—Pero ¡si es Marcus Grant, el agente consular!

—Secretario, secretario del cónsul —rectificó Grant poniéndose en pie y palpándose la frente.

Miró gravemente a Mabel y agregó:

—Sí. Usted es Mabel Atkins. La reconozco por las fotos del expediente, y aunque está usted mucho mejor al natural...

—Ya basta —atajó secamente Doyle—. Mabel es una muchacha extraordinariamente seductora, pero no es éste el momento de charlas sociales. Hace apenas segundos la querías matar...

—¿Matarla yo? Pero si al topar contigo, creí que eras tú el que quería matarla...

—¡Vamos, vamos! Será mejor que confieses —y le encañonó con firmeza—. Confiesa que por muy funcionario consular que seas, cobraste dinero para asesinar a Mabel.

—Tú eres idiota, caramba.

—Si empezamos a perdernos el respeto, te endilgo un plomo entre las cejas, Marcus.

—¡Eh, cuidado, hombre! Yo nunca tuve intención de asesinar a la señorita Atkins ni mucho menos. Recibí esta tarde un expediente testamentario de la firma Fulworthy, Marston, Marston hijo, de Londres. ¿Dónde está mi portafolios? Te lo tiré a la cabeza cuando surgiste de pronto, Doyle.

—En el *living*.

Mabel había revestido un batín. Siguió a los dos hombres al *living*.

Encendió Grant y fue a recoger su portafolios. Extrajo un pliego.

—Este documento legal expone que heredará usted, señorita Atkins —y Grant tosió para aclararse la voz—, heredará usted, el mismo día de cumplir los veintidós años, el legado de su tío Mervin, residente, hasta su defunción, en Australia. Puede comprobar el contenido del documento legalizado y notarial... Ahora bien, solamente entrará en posesión del legado bajo dos condiciones. Primera exactamente el mismo día de cumplir los veintidós años. Y, segunda, cuando demuestre tener en su poder la cabeza de Salomé.

CAPÍTULO XI

Mabel Atkins invitó a Conrad Doy le a leer con ella el documento notarial. Uno de los párrafos de la copia del testamento de Mervin Atkins decía:

«Y siendo mi deseo, aún después de muerto, de comprobar si mi sobrina Mabel, a la cual siendo ella niña obsequié con un camafeo, abjurándola de nunca perderlo ni venderlo, cumplió con mi petición, solamente entrará en posesión del millón de libras inglesas, y no guineas, si muestra el camafeo de dos caras. En el anverso resalta la cabeza del pobre Juan. Fue siempre mi oculto deseo, nunca cumplido, que los pobres Juanes del mundo decapitaran alguna que otra Salomé. Teóricamente, la figura del reverso es la cabeza de Salomé. Y para que no quepa duda hice grabar, a uno y otro lado, ambas menciones: Juan y Salomé».

Sonrió ella, emocionada:

—Tío Mervin decían que era un excéntrico. Sí, siempre guardé el camafeo.

Sonrió Marcus Grant, obsequioso:

—Entonces, mi enhorabuena, puesto que lo más fácil se cumple, según el expediente, el día diecinueve de junio, día de su cumpleaños.

—Pasado mañana —murmuró Doyle.

—Exactamente. Pero si la señorita Atkins muriese antes de mañana a la medianoche, antes de su cumpleaños legal, el dinero iría a parar a su hermano Bertram, su único pariente más

próximo...

—¡Diantres! ¡Mañana a la medianoche!

Y mirando su reloj, agregó Doyle:

—Intentarán asesinarle en el transcurso de las próximas veintisiete horas, tal vez esta misma noche, y si no lo han hecho todavía, es por ignorar quizá dónde escondes el camafeo con la dichosa cabeza de Salomé.

—Exactamente —aprobo Grant.

—Hemos de llevarnos de aquí a la señorita Atkins sin perder ni un instante.

—Exactamente. Si me permiten una sugerencia, puedo llevarme en mi coche a Mabel.

—¿Mabel? —recriminó Doyle, glacialmente—. Supongo que querrá decir la señorita Atkins.

—Eso es. Usted se queda a cubrimos la retirada, vigilando a Renata...

—Hay otros dos sujetos peligrosos: Boni y Vulpone.

—Vigílelos. No los pierda de vista.

—Un momento. Es muy valeroso por su parte, Grant, pero no puedo dejarle correr un peligro semejante.

—Hombre.

—Nada, nada. Saberle de noche, sólo con Mabel, en zona montañosa... No podría soportarlo. Yo la acompañaré. Y usted es el que se quedará aquí vigilando.

—Voy a vestirme —dijo Mabel—. Tardo poco.

Se dirigió hacia el dormitorio apresuradamente.

Comentó Grant:

—¿Cómo se las compondrá? No tiene coche. Yo, sí.

—No hay problema. Un taxi me espera.

—Mañana hemos de vernos para la entrega del camafeo.

—Nos veremos, Grant.

Diez minutos después, Doyle estaba sentado en el taxi. A su lado, Mabel.

Sin luces, a rueda libre, bajaban silenciosamente la alameda que conducía a la carretera.

El claro de luna iluminó la pancarta con la flecha señalando hacia arriba el Albergo Renata.

En la carretera, puso Stanley el contacto. El taxi adquirió

velocidad.

Se respaldó más Doyle, y, al mirarla, la vio sonriente.

—¿Todo va bien, Mabel?

—Magnífico. Tengo la impresión, de haberte conocido siempre.

—Pero ahora estás a punto de heredar un fortunón. Ya no puedo...

—Sí, puedes.

Sus labios se unieron.

Minutos después afirmó Doyle:

—No podemos volver a Taormina esta noche. Será donde te buscarán.

—Tienes razón.

—En la aldea de Mazara hoy, esta noche, es la fiesta —sugirió Stanley—. Hay bullicio, jefe.

—Muy bien pensado, Stan. En medio de la animación popular estaremos más seguros.

Rondaba la medianoche cuando llegaron a Mazara.

Les acogió un espectacular castillete de fuegos artificiales. Stanley aparcó su taxi al amparo del acueducto.

Calles y plazas estaban invadidas por gente que bailaba, cantaba, bebía, vivía. Se deslizaron por calles laterales donde la aglomeración era menor.

Cuando pasaban bajo una hilera de balcones floridos, una maceta de geranios estalló reventada de un balazo.

Doyle atrajo a Mabel.

Stanley se zambulló a gatas.

Otra bala rozó la mejilla de Doyle.

Echaron a correr hasta la primera esquina, donde hallaron refugio.

—Te han herido —dijo ella, acariciando suavemente una diminuta marca rojiza en la mejilla de Doyle.

Encogiendo los hombros, comentó Stanley:

—Bah... Sólo un roce de nada.

—Oiga, viejo... Si no le importa, el herido soy yo, ¿no?

—Eso es —aprobó Mabel, indignada.

Y con ternura agregó:

—Conrad, estás herido.

—Bah... Sólo un roce, muchacha.

—Pero pudieron matarte. No debo continuar poniendo tu vida en peligro, Conrad...

Y súbitamente una expresión de terror apareció en el semblante de Mabel.

Alzando la mano mostraba algo a espaldas de Doyle.

Stanley y Doyle giraron sobre sus tacones dispuestos a afrontar el motivo de aquel terror.

Unos grupos de chiquillos brincaban alegremente, bailando al son de los compases de la Banda Municipal.

Doyle no vio nada alarmante.

—¿Quién? ¿Qué?

Se volvió hacia Mabel.

Ella había desaparecido.

Se abrió paso por entre la muchedumbre, seguido por Stanley. En la esquina de la primera calle se detuvo en seco.

Ante él, a unos veinte metros, cubierto con un tirolés verde que le daba aspecto bonachón, Frankie Vulpone avanzaba con paso decidido. El paso de alguien que sabe perfectamente dónde va.

Inmediatamente supo Doyle a quién le debía el rasguño de su mejilla.

—¿Pasa algo, jefe? —quiso saber Stanley.

—¡Aquel tipo con tirolés verde! Estaba en la posada esta tarde.

—Ah, sí... Frankie Vulpone, el destrozacorazones.

—Pues también es un destrozamacetas. Es él quien nos disparó. No hay que perderle de vista. Estoy seguro que está acechando a Mabel. Debemos seguirle y nos conducirá donde está ella.

Atravesaron, tras Vulpone, una plaza invadida de barracas de feria, donde dominaba una gran rueda.

Vulpone miró taifas veces tras él.

Al otro lado de la plaza las atracciones fueron espaciándose. La muchedumbre iba disminuyendo. Y en la calle sombría ya no hubo más que algunas personas entre ellos y Vulpone.

Delante de Vulpone, a lo largo de un muro bajo, le pareció a Doyle ver a Mabel Atkins corriendo. No estaba muy seguro, pero solamente la idea le hizo emprender un *sprint* que Stanley no pudo seguir.

Vulpone desapareció por una esquina. Doyle aceleró su carrerilla. En el mismo instante en que giraba la esquina, apercibió

a Mabel.

Corría bajo los andamiajes que flanqueaban la fachada de un inmueble en restauración. Ella tropezó, titubeó y al volverse vio a Vulpone que avanzaba hacia ella.

El miedo le dio alas. Se abalanzó a su izquierda, subió corriendo una docena de peldaños y desapareció bajo el porche de una mezquita.

Un instante después Vulpone embestía por el mismo camino.

Un instante después Doyle, jadeante, estaba dentro de la mezquita.

La oscuridad era total en el interior del edificio. El claro de luna apenas permitía divisar las columnas que soportaban las bóvedas del techado. Una maravilla de arquitectura morisca...

Y era allí, en aquella obra maestra de la decoración artesana, donde se encontraba Mabel Atkins en algún rincón, tratando de escapar al gángster...

En las tinieblas llamó Doyler.

—¡Mabel!

En aquel mismo instante, un surco de fuegos artificiales incendió el cielo encima del pueblo.

A través de las grandes vidrieras pintadas, la claridad multicolor iluminó la mezquita, dándole a Doyle tiempo para divisar en el medio del edificio a Vulpone.

El aparente *play-boy* escrutaba en torno como una fiera al acecho.

Apenas tres metros le separaban de Mabel, adherida contra los arabescos de una columna.

Los fuegos artificiales se extinguieron. La mezquita regresó a su absoluta oscuridad.

Doyle se desplazó hacia su izquierda, colocando la distancia de una hilera de columnas entre Vulpone y él. Lo más sigilosamente que pudo avanzó hacia Mabel.

Si ella se quedaba donde estaba, si no se dejaba ganar por el pánico y no corría a echarse en los brazos de Vulpone, todo iría bien. Podría acercarse a ella, ayudarla a salir de aquella trampa y emprender la huida.

Un nuevo castillete de fuegos artificiales iluminó el espacio.

Vulpone ya no estaba a la vista.

Pero Mabel corría hacia la puerta, buscando su salvación en la huida frenética. Doyle se abalanzó tras ella.

Stanley surgió desde detrás de una columna y siguió a ambos.

Mabel pasó bajo la alta bóveda del porche y desapareció en la negra noche.

Cuando Doyle volvió a verla, ella avanzaba, titubeando, por debajo del andamiaje del inmueble semiderruido.

La llamó.

Ya estaba casi junto a ella, cuando de pronto ella salió saltando más abajo del andamiaje.

Seis metros apenas les separaban cuando, de pronto, una repentina lluvia ruidosa se abatió retumbando.

—¡Mabel! —vociferó Doyle, angustiado.

Ladrillos, mortero, piedras, cascotes, formaban un hacinamiento del que brotaba una polvareda que le cegaba.

La caída en cascada fue disminuyendo progresivamente y cesó. La polvareda fue elevándose, permitiendo de nuevo la visibilidad.

Corriendo, contorneó Doyle el apilamiento de cascotes.

Mabel se hallaba tras una columna de encofrado. Cubriéndose el rostro con las manos, gemía aterrorizada.

La cogió entre sus brazos.

—¿Estás herida?

Ella apartó un poco, mirándola con repentino temor. Contraía ella horriblemente el rostro.

—¡Estás herida!

Forzó ella una sonrisa.

—No, rió. Es una mota de polvo en los ojos.

—¡Maldito monstruo!

Y con su exclamación furiosa, alzó Doyle el puño en alto, hacia el andamiaje.

Pensaba que por allí arriba, tras su fallido intento, habría escapado Vulpone.

Lo que vio le dejó atónito.

El rostro brutal del llamado Boni. El cómplice de Vulpone.

Bajo el sucio sombrero de lona, la faz bestial les observaba con aire sorprendido y despechado.

Su cuello reposaba sobre el borde de la compuerta que servía de cierre a la descarga.

Cinco metros sobre su cabeza, el portalón de acero, suspendido, retembló.

Las bisagras muy desgastadas se rompieron en seco chasquido.

El portalón de acero se deslizó con la rapidez de la cuchilla de una guillotina.

Doyle desvió con precipitación a Mabel del espectáculo.

Cogiéndola por un brazo la llevó fuera.

Por encima del hombro echó Doyle un vistazo.

Tras dos rebotes, la cabeza de Boni permaneció quieta. A ras de suelo.

CAPÍTULO XII

En el sortilegio del claro de luna siciliano, el taxi avanzaba por la ruta de las montañas costeras.

A la brisa mediterránea se mezclaban los perfumes de mil esencias de flores, y el paisaje era espléndido, majestuoso. Pero Doyle solamente contemplaba a Mabel que, sana y salva, dormía apaciblemente, esquinada en el asiento.

En voz baja murmuró Stanley:

—Oiga, jefe... ¿Duerme?

—Todavía no. Le oigo.

—Me muero de hambre. ¿Y si paramos en cualquier sitio?

—Lo lamento, pero hemos de seguir adelante.

—Pero ¿de qué sirve huir si acabaremos por morir de hambre? Conozco un restaurante no muy lejos de aquí...

—¡Que no! Es más que posible que nos estén siguiendo.

—Nadie nos seguiría hasta aquel restaurante.

—¿Por qué tiene tanta seguridad?

—La cocina es infame.

—Siga adelante, ¡diantres!

Comenzaba a palidecer el cielo en dirección a Egipto cuando Doyle estimó que ya no cabía la menor duda.

Aquel coche viejo, negro, cuyos faros aparecían continuamente tras ellos a cada lazo de aquella ruta montañera, les seguía desde hacía casi una hora.

Aguardó a que el cielo se aclarase algo más y extrajo sus miniprismáticos.

No distinguió claramente las facciones del conductor, pero el sombrero tirolés verde no dejaba duda alguna sobre su identidad.

—Acelere, Stan.

El taxi gimió, rechinó y, finalmente, se detuvo exhalando un profundo suspiro.

Despertándose, balbució Mabel:

—¿Dónde estamos, Conrad?

—En sitio seguro, muchacha. Pasa al volante, ¿quieres? Nosotros empujaremos. No tenemos ni un minuto de sobras... Hay que esconder este cacharro.

Empujaron el taxi unos veinte metros antes de encontrar un lugar donde camuflarlo. Una arboleda situada entre la ruta y la playa, en talud que formaba primero terraza. Luego, bajaba en abismo.

Mabel descendió, abandonando el volante, mientras Stanley alzaba el capó.

—Con un poco de suerte, aquí estaremos seguros —afirmó Doyle

—. ¿Tardará mucho en reparar su... su coche, Stan?

—Es simplemente algo de cansancio, pero no tardará en...

Doyle le hizo ademán de callarse.

El ronroneo perfectamente monótono de un motor se aproximaba.

Y apareció el coche negro por el viraje, rodando a poca velocidad. Era un modelo de «Buick» muy baqueteado, pero podía ir a mayor velocidad.

Comprendió Doyle por qué iba a marcha tan lenta al ver a Vulpone atareado encendiendo su pipa.

Casi al pasar ante ellos; una nube de humo se elevó por la ventanilla, y el coche embolsó acelerando. Doyle tuvo tiempo de observar el perfil de Vulpone. Inquietante, sereno y sonriente.

Daba la impresión tranquila del hombre seguro de poder llevar a buen fin su tarea. El rumor del motor se desvaneció a lo lejos.

Apremió Doyle:

—Pronto se dará cuenta de que ya no vamos delante suyo y regresará. Hay que darse prisa. ¿Cuánto le falta para reparar la avería?

—Depende. Minutos, horas...

—Voy a ayudarle. ¿Dónde tiene sus herramientas? —
Empeñadas.

—¡Diantres...!

Apaciblemente, preguntó Stanley:

—¿Tiene usted una horquilla de cabello, señorita? —Tome. Dos.

—Gracias. Oiga, jefe, no mire por encima de mi hombro... Me

pongo nervioso, ¿sabe?

Mabel deslizó su mano en la de Doyle y en silencio fueron a sentarse en una alfombra natural de pinocha. Se ensimismaron en la contemplación del sol naciente.

La idea de la muerte rondando quedaba momentáneamente alejada de sus mentes, ahuyentada por una aurora mediterránea que se superaba en luminosidad.

El brazo de Doyle rodeó los hombros de Mabel. El silencio entre ellos se ahondó. Un silencio de una ternura excepcional.

Sus labios fueron buscándose mutuamente...

—Oiga, jefe...

La ronca voz de Stanley rompió la armonía ambiental.

—Ya está. Ya podemos seguir.

Poniéndose en pie, comentó Doyle irritado:

—Después de tardar tanto, me parece a mí que, total, unos minutos más ya no importaban.

Al quedar ella sentada al interior del coche, gruñó Doyle:

—Compruebo que su taxímetro nunca se avería, Stan.

—Es lo único nuevo que tenemos el taxi y yo, jefe. Ahora, ¿hacia dónde vamos?

—A la derecha, en dirección opuesta a la que tomó Vulpone.

El taxi se alejó del mar, tomando la dirección norte. La ruta pasaba ahora por entre montañas áridas.

Se comprendía inmediatamente por qué nadie habitaba por aquella comarca: no crecía ni hierba para nutrir a una cabra.

Las montañas ya no eran más que roca desnuda. Un caos de piedra gris.

Volviéndose hacia atrás, avisó Doyle:

—¡Arrímese al primer sitio favorable que encuentre, Stan!

—¿Por qué?

—¡Ahí está Vulpone!

Stanley efectuó una rápida maniobra y el taxi penetró por un camino lateral descendente.

Bloqueó Stanley los frenos, exhalando un suspiro de alivio.

El «Buick» negro acudía a marcha lenta. Por la abierta ventanilla, el sol sacaba reflejos del cañón de escopeta.

Frankie Vulpone, pese al sombrero tirolés ya no tenía aspecto bonachón. Sus ojos escrutaban el lado contrario al precipicio. El

único lado en que podía esconderse alguien.

—Quédate donde estás, Mabel. Sin rechistar, chantres. Yo voy a subir un poco aquella cuesta. No hay peligro, muchacha. Te quedas aquí con Stanley.

Stan Stanley meditó que si Vulpone deseaba matar a Mabel corría él más peligro junto a ella que junto a Doyle.

Apesadumbrado ante su íntima cobardía, dijo con gallardía:

—Le acompaño en su maniobra de distracción del enemigo, jefe.

Corría ya Doyle hacia un sendero que remontaba alejándose del taxi y de Mabel, la cual se ocultó en el interior de una grieta formada por dos rocas monstruosas, de formas inverosímiles.

Las siluetas de Doyle y Stanley eran muy visibles desde la carretera.

Vulpone frenó, arrimando el «Buick» negro al pie del sendero.

Doyle y Stanley corrían para ampararse tras unas rocas.

Un balazo repicó primero saltando esquirlas de piedra en chisporroteo. Y rebotó luego en ecos ampliados.

Jadeó boqueante Stanley:

—¡Sí... nos quedamos..., nos pilla, jefe!

—¡A correr, valiente!

En el transcurso de los minutos siguientes, tanto Doyle como Stanley experimentaron toda la zozobra de los animales acosados por un cazador.

Correr, esquivar, reptar, escalar rocas, brincar de uno a otro lado. Oyendo los silbidos de las balas.

Llegó a ser monótono.

Pero reconfortó a Stanley con argumentaciones tendentes a demostrar que con el transcurso del tiempo la ventaja estaba de parte de ellos.

Pudo argumentar a favor de forzosas etapas en que tanto los perseguidos como el perseguidor debían detenerse, por lo abrupto del terreno y por cansancio puro.

—Estas rocas nos protegen, Stan.

—A mí nunca me interesaron los minerales, y mucho menos en estas condiciones.

—Medite en tres puntos importantes. Primero..., Vulpone con escopeta es un tirador de élite, pero con la automática se muestra perfectamente inepto.

—Por la aptitud que tenemos de poner la debida distancia, ¿no?

En otra etapa, arguyó Doyle:

—Segundo punto a nuestro favor... El licor, las mujeres y el ocio, los tres deportes favoritos a los cuales parece haber consagrado Vulpone su existencia, ha ejercido una influencia desastrosa en su musculatura y fuelle. Tiene cada vez mayor dificultad en seguir nuestro ritmo.

—Sí, pero si esto dura unos minutos más, yo ya no tengo ritmo alguno. Me duelen mucho los pies, jefe...

—¡Allí viene!

Resollando, Vulpone remontaba una trocha, cargando de nuevo su automática.

En la penúltima etapa expuso Doyle:

—Tercer punto favorable: hemos alejado totalmente a Vulpone de Mabel.

—Y del taxi. Ahora bien..., lo que no comprendo es lo siguiente: este condenado bandido, ¿no quería cargarse a su chica de usted, jefe?

—Oiga, procure no ser tan grosero hablando de mi chica..., de la señorita Atkins.

—Bueno, ¿no quería tratar de convertirla en difunta?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué nos persigue así con tanta saña?

—Pensó que corríamos hacia donde escondimos el taxi. Y debe seguir, pensando igual... ¡Ahí viene!

Su nueva fuga les llevó por un sendero apto para animales cabríos. Bordeaba un precipicio.

Y era tan estrecho el sendero que Stanley, además de fiebre, notó síntomas de vértigo.

Tuvo un pensamiento atroz: si encontraban un chivo y éste se empertraba en no querer retroceder, aquello sería el final. Marcaría el instante del fin, de una muerte grotesca...

Pensó que más valía quedarse allí...

Una bala zumbó cercana, arrancando chispas a la piedra.

Stanley, corriendo con la agilidad de un equilibrista de circo, pensó furiosamente que el maldito Vulpone, con tanto entrenamiento, estaba haciendo progresos en el tiro.

El sendero contorneó un peñasco, y se encontraron encima de mi

puente de ferrocarril de vía única.

Un puente que surcaba el vacío entre dos túneles.

Doyle arrastró por un codo a Stanley, y se tendieron en un declive en plano inferior al túnel...

Frankie Vulpone avanzó convencido de que los dos fugitivos se habían refugiado en la oscuridad protectora del túnel.

Se detuvo nuevamente para recargar su pistola y, tras mascullar imprecaciones fatigosas, desapareció túnel adentro.

Doyle y Stanley ascendieron sobre la arcada del puente.

Tras ellos taladró el aire el agudo silbato de una locomotora.

Dentro del túnel aquel pitido debió resonar horrorosamente lúgubre y triste.

La locomotora llegó al puente arrastrando velozmente su docena de vagones de mercancías.

No se detuvo. Ignoraba lo que acababa de hacer con sus ruedas insensibles.

Un sombrero tirolés verde, aspirado por la estela del tren, salió revoloteando del túnel y fue a posarse entre los raíles.

El sol arrancó destellos de color grana a las manchas sangrientas que, tras triturar, las ruedas fueron pincelando por las dos paralelas férreas.

A medida que iban descendiendo, aproximándose al lugar donde, junto al taxi, aguardaba Mabel Atkins, sintióse ya casi normal Stanley.

—Esos trenes de montaña son muy traicioneros... Aparecen de pronto, sin avisar.

—El que a hierro hiere, a hierro muere. Frank Vulpone era traicionero. Halló el final que le correspondía. —Amén.

CAPÍTULO XIII

El taxi bajaba la carretera de las montañas costeras.

Al efluvio de la brisa mediterránea se mezclaban los perfumes de mil esencias de flores.

Pero Doyle solamente tenía ojos para contemplar a Mabel que, sana y salva, dormía apaciblemente, reclinando la cabeza en su hombro.

En voz baja manifestó Stanley:

—Me muero de hambre, jefe. Podríamos parar en el motel del cruce. Un buen desayuno, ¿eh?

—No es sitio seguro para Mabel. Tengo que protegerla hasta la próxima medianoche.

—Pero no nos va a condenar a morir de hambre y sueño, digo yo.

—Conformes. Ya di con el sitio más seguro: la Fortaleza.

—¿Cuál de ellas?

—La morisca, con sus garitas, su bar... A dos kilómetros al norte de Taormina.

—Ah, ya. Montfalcone. Magnífico, jefe. Vamos allá.

Aparcó Stanley el taxi en el cobertizo anexo al bar próximo a la emisora.

Mabel Atkins declaró que iba a asearse un poco.

Sentados en la terraza encristalada del bar, que dominaba la vasta plataforma constituida por las almenas amuralladas de la fortaleza de Montfalcone, Doyle y Stanley terminaron de devorar un copioso desayuno.

Reconfortados contemplaron el paisaje saboreando el tercer café, muy negro y aromático.

—Jefe, ¿tiene tabaco? Terminé el mío y en el bar no hay buen tabaco de pipa.

—No fumo... Un momento. Claro que tengo tabaco de pipa.

Y Doyle sacó el bolsín de hebras melosas.

—Tendré que devolverlo a su dueño, pero mientras, fume lo que quiera, viejo.

—Me voy a dar un paseo por los cuartos de aseo.

Poco después, acudía Mabel. Resplandeciente.

Desayunó muy ligeramente. Té, dos pasteles y jugo de frutas para, nuevamente, paladear más té.

En su sillón, dormitaba Doyle exhausto.

Murmuró ella.

—La mañana es deliciosa, cariño. Daré un paseo.

Gruñó Doyle, asintiendo pastosamente.

Despertó bruscamente porque a su lado decía Stanley:

—¡Un coche que usted conoce, jefe!

Despabilándose como por ensalmo, Doyle concentró la mirada hacia donde señalaba Stanley.

Por la carretera, ascendiendo hacia la fortaleza, subía un *jeep* «Comando» amarillo.

—¡Diantres! ¡Es Bertram Atkins! ¿Dónde está Mabel? ¿Cómo pudo Bertram saber que ella estaba aquí?

—¿Aquí...? ¿Dónde?

—Seguro que ella misma debió telefonear a su hermano... Porque ella no cree que Bertram pueda ser tan malvado... ¿Dónde está Mabel?

Salió Doyle corriendo. Desde el mirador de la emisora pudo ver toda la superficie amurallada de la fortaleza.

La vio a ella.

Lejos, demasiado lejos.

En una de las almenas, distando del abismo unos treinta metros.

Repentinamente tendió Stanley el brazo.

—¡Allá! ¡El hermanito!

Bertram Atkins se aproximaba rápidamente a su hermana, que le volvía la espalda, absorta en la contemplación de la playa donde unos pescadores recogían sus redes cargadas.

—No podemos llegar allá... —Casi gimió Doyle.

—¡Eh, jefe! ¡Otro fulano...!

Enfocó Doyle sus prismáticos. Y sonrió aliviado, dichoso.

—¡Qué oportuno este muchacho!

—¿Cuál muchacho?

—Marcus Grant, el secretario del cónsul. Se cuida de vigilar a Mabel...

Marcus Grant parecía estar al corriente de la presencia de Bertram. Caminaba más aprisa que Atkins.

Bertram acababa de girar la esquina de una muralla.

Grant estaba casi al pie de la escalera que conducía hacia Mabel.

—Ganará Marcus. Llegará antes y la protegerá.

Se estremecieron las fosas nasales de Doyle.

Giró lentamente hacia Stan Stanley que encendía su pipa.

Sopló Stanley, apagando el fósforo y, tras una nube de humo, dijo:

—Este tabaco es formidable. Nada menos que «Prince Albert».

—¡Idiota!

—¿Cómo... idiota...?

—Idiota que soy. Tengo que llegar allá antes que ellos dos, de un modo u otro.

—Como no eche a volar, jefe... Cálmese, muchacho, caramba.

Doyle miró los cables que sostenían la torre metálica de radio.

Uno de los cables pasaba por encima de su cabeza y bajaba hasta una plataforma donde quedaba empotrado.

Y aquella plataforma estaba, precisamente, a espaldas de Mabel. A pocos metros.

Saltando, lanzó Doyle las correas de sus prismáticos y cámara. Recogió el extremo de ambas correas.

Y se lanzó cable abajo.

Suspendido, como un teleférico humano.

Dos hombres se aproximaban a Mabel.

Uno con intención de darle muerte.

Otro para salvarle la vida.

Pero Marcus Grant iba a llegar antes...

Súbitamente vio Doyle ante sí al agente consular, adelantó ambos pies a la vez que se desprendía.

Marcus Grant, derribado de bruces, golpeó con fuerza el duro suelo.

Permaneció inmóvil.

Bertram Atkins estaba ya encima de Grant, atándolo, con su propio cinturón, las muñecas a la espalda.

—Hola, Bertram. Creí que tú eras el instigador de conspiración

contra Mabel. Pero el maldito instigador era Marcus...

—Era él. Y poco le costó convencer a Renata, a Vulpone y a Boni; apenas en ausencia del cónsul recibió el documento legal testamentario.

—¿Renata también?

—Sí, porque así yo heredaba. Hay amores que matan. Tendré que someter a largas penitencias a Renata, de momento, la encerré en la bodega. Oye, Conrad..., ¿como adivinaste que era Marcus?

—Por el tabaco. Hace segundos o minutos, Stan limó tabaco que procedía del bolsín que le quité a Marcus. Y aquel aroma de tabaco ya lo había yo olido en el lugar donde el camión mató a Old Nick, y en otros sitios significativos.

—No sé cómo expresarte mi gratitud por haberle salvado la vida a Mabel. Ella me telefoneó diciéndome que me esperaba aquí. Pero un poco más... Oye, ¿eres trapecista circense?

—No, no. Sólo un traductor e intérprete en vacaciones.

Mabel se aproximaba más.

Era la belleza personificada.

Era una joven demasiado bonita para vivir soltera.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

